

Democracia



ASUNTOS DEL SUR

Serie de Debates:

La democracia importa: Paper Maldiciones y Pandemias de los Extractivismos bajo la lupa de la Democracia, en el marco de la Serie "La Democracia Importa".

serie de debates
LA DEMOCRACIA distopía,
IMPORTA: resiliencia
e innovación

2

**MALDICCIONES Y PANDEMIAS
DE LOS EXTRACTIVISMOS
BAJO LA LUPA DE
LA DEMOCRACIA**

**ALBERTO ACOSTA Y
JOHN CAJAS-GUIJARRO**

serie de debates
LA DEMOCRACIA distopía,
IMPORTA: resiliencia
e innovación



**MALDICIONES Y PANDEMIAS
DE LOS EXTRACTIVISMOS
BAJO LA LUPA DE
LA DEMOCRACIA**

**ALBERTO ACOSTA Y
JOHN CAJAS-GUIJARRO**

Equipo de trabajo

Editores

Matías F. Bianchi e Ignacio F. Lara

Asistente de edición

Esteban Tavera

Comunicación

Adriana Bolívar

Diseño

Cartoncino

Alberto Acosta. Economista ecuatoriano. Profesor universitario. Exministro de Energía y Minas. Expresidente de la Asamblea Constituyente. Candidato a la Presidencia de la República del Ecuador (2012-2013). Autor de varios libros. Compañero de luchas de los movimientos sociales.

John Cajas-Guijarro. Economista ecuatoriano. Profesor, Facultad de Ciencias Económicas, Universidad Central del Ecuador. Candidato a doctor en economía del desarrollo, Departamento de Desarrollo, Ambiente y Territorio, FLACSO-Ecuador.

Este documento está disponible bajo Licencia Creative Commons Reconocimiento- Compartir Igual 4.0. Usted puede remezclar, retocar y crear a partir de esta obra, incluso con fines comerciales, siempre y cuando le dé crédito a las autoras y licencie nuevas creaciones bajo las mismas condiciones.

Para ver una copia de esta licencia visite: <https://creativecommons.org/>

Presentación Series Debate: La Democracia Importa

Aún antes de la aparición del COVID-19, que sigue teniendo en vilo al mundo entero acerca de sus consecuencias (en distintas dimensiones) a corto y -fundamentalmente- a largo plazo, en América Latina ya se habían prendido distintas alarmas acerca del estado de sus democracias. El desalentador panorama que se nos presenta con la expansión de la pandemia, y la profundización de sus consecuencias, pareciera indicar que dichas alarmas son hoy más intensas, urgentes y preocupantes.

La región registra los niveles más bajos de apoyo a la democracia y los niveles más bajos de confianza ciudadana a las instituciones públicas desde que éstas se miden (Latinobarómetro, 2018). Paralelamente, durante el 2019 observamos cómo, desde Haití hasta Chile, pasando por Nicaragua, Colombia, Ecuador y Bolivia, cada semana cientos de miles de personas salieron a la calle a manifestarse contra medidas del gobierno de turno. El sistema político, tanto gobiernos como partidos y parlamentos, así como los liderazgos sociales, parecieran incapaces de dar respuestas a las demandas sociales, tanto por la carencia de mecanismos adecuados para incorporarlas en el proceso de toma de decisiones como por la falta de legitimidad ciudadana que sufren estas instituciones públicas.

A su vez, ya antes de la llegada del COVID-19, América Latina se encontraba en una situación de alta vulnerabilidad económica, siendo la última década la de menor crecimiento económico en un siglo, lo cual va de la mano con el aumento sostenido entre 2014 y 2019 de la pobreza (pasando del 27,8% al 30,8%) y de la pobreza extrema (del 7,8% al 11,5%) en la región (CEPAL 2019). Esto, además de los desafíos que supone para enfrentar la actual pandemia, deja en evidencia las dificultades para avanzar en la agenda de desarrollo global. En función del reciente estudio de la CEPAL (2020), aún antes de suscitarse la emergencia del COVID-19, más del 70% de los indicadores de los ODS en América Latina y el Caribe necesitaban de una intervención fuerte de políticas públicas para alcanzar las metas establecidas, pues se encontraban en un estado de estancamiento o en retroceso. El panorama para el desarrollo de América Latina es, por esos motivos, aún más desalentador.

En este caldo de cultivo, la presencia de un personaje como Bolsonaro al frente del Poder Ejecutivo de Brasil consolida una tendencia de posiciones políticas en ascenso que se sirven de la antipatía social por la política para instaurar alternativas autoritarias y muchas veces abiertamente anti-democráticas.

Esta tendencia se consolida en los países del Atlántico Norte y va creciendo poco a poco en nuestros países, sin distinguir colores ideológicos, que incluyen tanto a Colombia con Duque, como a la Nicaragua con Ortega y Venezuela con Maduro. Se da un posicionamiento del miedo y el odio como medio para la concentración del poder y la instrumentalización del electorado, y el retorno al uso de la fuerza para la eliminación de alternativas políticas, estrategias que ya creíamos erradicadas del repertorio político de la región.

Cuando hace algunos años Larry Diamond nos alertaba sobre la recesión democrática (2015) que los países occidentales estaban experimentando, desde Asuntos del Sur no estuvimos de acuerdo con los términos de su análisis, ya que observábamos los mismos síntomas pero no compartíamos el diagnóstico. Frente a la creciente inestabilidad política, los bajísimos niveles de legitimidad de las instituciones representativas y las masivas protestas sociales, lo que testimoniábamos -en esa entonces- era la emergencia de una constelación de movimientos democratizantes que chocaban con la política tradicional. Especialmente en los países gobernados por la "marea rosa" progresista, vimos que el malestar se focalizaba en el agotamiento de la política tradicional, particularmente en las crecientes contradicciones que estos gobiernos experimentaban al profundizar el extractivismo, por permitir niveles de corrupción escandalosos y ser crecientemente intolerantes frente a la disidencia. Observamos, de hecho, avances de la democracia, mayores derechos a grupos en situación de vulnerabilidad, una creciente participación de las mujeres en política y una mayor inclusión social. En este sentido, las demandas de estos sectores se concentraban en la "forma" de ejercer el poder por parte de la política tradicional.

Criticamos, entonces, que las principales corrientes intelectuales no daban cuenta de un fenómeno político emergente al que nosotros denominamos como "innovación política" (Bianchi et al 2017). Estos movimientos, emergentes en los últimos 10 años y estrechamente vinculados al uso de tecnologías digitales, eran actores que proponían prácticas, principios y maneras de organización opuestos a la política representativa basada en partidos políticos. Los pingüinos chilenos, los #yosoy132 mexicanos, las #NiUnaMenos argentinas, el #PasseLivre brasileño son esencialmente democráticos, y (pese a sus respectivas particularidades) se caracterizaron por incluir a actores no tradicionales, defender prácticas abiertas, estructurarse horizontalmente y poseer esquemas de comunicación y acción distribuidas. Se nutrían del surgimiento de medios digitales independientes, y del uso de las redes sociales para democratizar el debate público. Es más, vimos con mucho entusiasmo en esos años, cómo algunos de esos



movimientos crecían y se volvieron alternativas electorales, como es el caso de Revolución Democrática, Wikipolítica, o Muitas. Entendimos que esa era una dirección auspiciosa y que -con la multiplicación de experiencias análogas- se volvía factible transformar cualitativamente las democracias de la región.

Lo cierto es que el escenario hoy es otro. El año 2016 marcó un cambio de época, cristalizándose triunfante la antipolítica y con ella se va inmiscuyendo paulatinamente el autoritarismo antidemocrático. Es el año donde se elige a Donald Trump como presidente de los Estados Unidos, es al año del Brexit, y más por nuestros pagos, es la derrota del plebiscito por la paz en Colombia, el golpe blando a Dilma Rousseff, y en el que Maduro decide disolver al Congreso electo y con ello abandonar el último vestigio de democracia que le quedaba a su régimen. Algunos años después, con la elección de Bolsonaro como presidente del país más grande de la región, se consolida un paradigma político en el cual la política pasa a perder prácticamente su capacidad de intermediación frente a los poderes de facto, en el que el autoritarismo anti-democrático se va despojando de su timidez y en el que decidir participar en política se ha tornado un riesgo de vida para muchas personas.

La tecnología digital, que creíamos la principal aliada de la innovación política -por su potencial para democratizar el debate, distribuir liderazgos, abrir gobiernos y transparentar procesos-, hoy se parece a uno de los episodios más cruentos de la conocida serie "Black Mirror", transformándose en uno de los principales instrumentos de control, opresión y manipulación por parte de los poderosos hacia las mayorías. Asimismo, una parte considerable de los movimientos emergentes desaparecieron o se volvieron testimoniales. Varios países están experimentando records en asesinatos a líderes sociales (Front Line Defenders, 2019); la prensa independiente se encuentra crecientemente asediada y en su peor momento en los últimos 13 años (Freedom House); y los Estados cada vez más se sirven de tecnologías para para vigilar y controlar a sus ciudadanos (Tactical Tech 2019).

Ante todo esto, la irrupción del COVID-19 en el mundo y en nuestra región, produjo cambios profundos en nuestras sociedades y una parte considerable de sus efectos de largo plazo son, hoy en día, producto de especulaciones. Es por ello que resulta fundamental invitar a una reflexión profunda acerca de la situación de las democracias en América Latina en el escenario actual, en modo de identificar las principales variables, los actores y los desafíos actuales, así como dilucidar la posibilidad de dinamizar procesos políticos innovadores a lo largo de la región.

Como horizonte, se trata de avanzar en la identificación de prácticas, diseños institucionales, políticas públicas, tecnologías, y formas de organización del poder en la sociedad que permitan reconstruir lazos entre Estado y sociedad de una forma inclusiva y democrática. Mediante esta serie de papers, que tendrán un alcance analítico regional, se espera llegar a tener una visión programática preliminar sobre los principales desafíos de la región, conocer las líneas de investigación-acción que se están llevando a cabo, los actores, para así poder identificar faltantes, prioridades y agendas que puedan permitir un aporte al debate sobre la democracia en América Latina.

Matías F. Bianchi e Ignacio F. Lara

Referencias bibliográficas

- Bianchi, Matías; León, Cristian y Perini, Antonela (2017), "Transformaciones de la participación política en América Latina", Asuntos del Sur.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2019), *Panorama Social de América Latina*, (LC/PUB.2019/22-P/Re v.1), Santiago.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2020), *La Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible en el nuevo contexto mundial y regional: escenarios y proyecciones en la presente crisis*, (LC/PUB.2020/5), Santiago.
- Diamond, Larry (2015), Facing Up to the Democratic Recession, *Journal of Democracy* 26, pp. 141-155..
- Freedom House (2019), "Freedom on the Net. Crisis of Social Media".
- Front Line Defenders (2018), *Defenders Global Analysis 2018*. Dublin.
- Corporación Latinobarómetro (2018), *Informe 2018*. Santiago.
- Tactical Tech (2019), "Personal Data: Political Persuasion. Inside the influence industry. How it works".





MALDICIONES Y PANDEMIAS DE LOS EXTRACTIVISMOS BAJO LA LUPA DE LA DEMOCRACIA

ALBERTO ACOSTA Y
JOHN CAJAS-GUIJARRO

Resumen

La dependencia de los países periféricos especializados en exportar bienes primarios, como fuente preferente de financiamiento de sus economías condenaría a dichos países a la pobreza. Es decir, serían pobres justamente porque son “ricos” en recursos naturales. Sus economías y sociedades terminan atrapadas en una lógica perversa conocida como “maldición de la abundancia”, que genera múltiples patologías: debilidad de mercados internos, provocada en especial por bajos ingresos, enormes desigualdades en la distribución de la riqueza y una pobreza que afecta a amplios sectores marginados; heterogeneidad estructural de un aparato productivo que combina sectores atrasados y modernos escasamente encadenados entre sí y con las actividades de exportación; falta de una adecuada integración entre las diversas regiones de cada país, consolidación de una colonialidad del poder, del ser y del saber. Pero sobre todo, se manifiesta en elevados niveles de autoritarismo, violencia y corrupción, como limitantes estructurales para la profundización de la democracia.

Palabras clave: Democracias, recursos naturales, maldición de la abundancia, extractivismos, postextractivismo, desarrollo, postdesarrollo, violencia, corrupción, autoritarismo, decrecimiento, Buen Vivir.

*“Esa es la paradoja eterna – los pobres viven en naciones
que son ricas por la generosidad de la Naturaleza”*

José Cecilio del Valle, 1830.

El punto de partida

Las sociedades “ricas” en recursos naturales –minerales, petróleo, agrarios– vivieron una auténtica bonanza exportadora a inicios del presente siglo a causa de la gran demanda de dichos recursos; demanda particularmente empujada por el acelerado ascenso económico de China y también por varias presiones especulativas (más aun luego de la crisis financiera internacional de 2009). Muchas de estas sociedades, cada vez más dominadas por estructuras capitalistas periférico-dependientes, poseen una lógica de acumulación del capital que se sostiene gracias a una modalidad primario-exportadora de orígenes coloniales. Esa “maldición originaria” (que ya deja ver cuán lejanos a la democracia son los extractivismos) no pudo superarse durante dicha bonanza exportadora, sino que estos países exacerbaron su exportación primaria sin generar transformaciones estructurales al interior de sus economías y sociedades en general. Así, bajo la falsa ilusión de alcanzar aquella quimera llamada *desarrollo*, la condición periférico-dependiente incluso terminó acentuada.

El resultado de esa falta de transformaciones estructurales que cambien su modalidad de acumulación, y de haber desperdiciado los recursos de una bonanza histórica, fue -una vez más- demoledor: al caer la demanda internacional de los *commodities*, y en consecuencia sus precios, estas economías han pasado a vivir una nueva -y prolongada- crisis. Así, dentro de los capitalismo periférico-dependientes, los extractivismos generan economías y Estados rentistas, sociedades clientelares y regímenes autoritarios, en donde la concentración de la riqueza va de la mano con la violencia y la corrupción. Para complicar aún más el escenario, a estos países que pasaron del derroche al estancamiento económico local, ahora les toca sufrir los estragos de la pandemia de Covid-19 y de la gran crisis económica global. Y para colmo, estos países apuntan a más extractivismos, con el objetivo de superar la crisis.



La maldición de la abundancia

Aquellos países periférico-dependientes, especializados en exportar bienes primarios y usar esas exportaciones como fuente preferente de financiamiento de sus economías, al parecer son condenados a la pobreza justamente porque son "ricos" en recursos naturales (Schuldt, 2005). Esta interacción entre periferia, dependencia, y extractivismos al parecer atrapa a las economías de los países en una lógica perversa que puede entenderse como "paradoja de la abundancia", "maldición de los recursos" o, siendo más provocadores, una "maldición de la abundancia" (Acosta, 2009, 2010, 2020). Aquí vale aclarar que esta "maldición" no solo nace de la alta participación de productos primarios en las exportaciones de los países, sino de la combinación -quizá hasta *simultánea y dialéctica*- de esa dependencia con una ubicación periférica y dependiente en la división internacional del trabajo y la red global de comercio creada en el sistema-mundo capitalista (Cajas-Guijarro y Pérez-Oviedo, 2019).

En efecto, desde las Colonias, se vinculó a muchas sociedades al mercado mundial, asignándoles funciones y estructuras periféricas, dependientes y primario-exportadoras. Tal origen, que fue crucial para sostener la acumulación originaria del nascente capitalismo (primero en Europa y luego a escala global), ha marcado profundamente la historia de estos pueblos. Tan es así que su vida, su organización social, e incluso su futuro, se encuentran dominados por un pasivo y sumiso posicionamiento en la división internacional del trabajo. Dicho lugar, para colmo, crea graves volatilidades al ser en extremo dependiente de las demandas del mercado mundial. Apegados a esta lógica, los esfuerzos de estos países no han sido fructíferos en términos de alcanzar la quimera del *desarrollo*.

Para muchos países existen evidencia y experiencias acumuladas que permiten afirmar que sus dificultades económicas -y, por tanto, sus posibilidades de asegurar bienestar a la población- están relacionadas con la alta dependencia en su riqueza natural (Schuldt y Acosta, 2006). Es como si la dependencia en esa riqueza natural termina condenando a varios países al *subdesarrollo* (como contracara del *desarrollo*, si es que todavía podemos usar ese inútil concepto). En particular, la abundancia de recursos como petróleo o minerales tiende a distorsionar las estructuras económicas y la asignación de factores productivos al interior de estos países (como ejemplo de esta patología, se puede recordar a la *enfermedad holandesa* [Schuldt, 1994]).

Entre esas distorsiones se puede evidenciar una distribución regresiva del ingreso nacional, una gran concentración de la riqueza en pocas manos, además de una exacerbada extracción de valor económico desde las periferias hacia los centros capitalistas. Apenas como ejemplo, si se toma información del Banco Mundial del índice de Gini¹, la proporción de población pobre (con un ingreso por debajo de 5,50 dólares al día) y la participación de productos no manufacturados en las exportaciones (como aproximación a productos primarios), en 2017 se encuentra lo siguiente: para 60 países con información disponible, la participación de los productos primarios en las exportaciones está positivamente correlacionada tanto con la desigualdad del ingreso como con la pobreza. Es decir, a mayor peso de los productos primarios en las exportaciones, un país tenderá a registrar una mayor desigualdad² y un mayor porcentaje de población pobre³.

Además de tener una potencial correlación positiva con la desigualdad, los extractivismos tienden a exacerbar una serie de patologías endógenas, como los autoritarismos y la corrupción, fenómenos tan propios del capitalismo, sobre todo en su versión periférica-dependiente (Gudynas, 2017. Acosta y Cajas-Guijarro, 2017). En suma, a más extractivismo menos democracia.

Pese a múltiples constataciones, incluso históricas, que confirman lo indicado, persiste aquel dogma del *libre mercado* que fomenta una y otra vez el viejo argumento de las ventajas comparativas, lo cual para muchos países de la periferia capitalista implica profundizar los extractivismos. Los defensores de esta postura predicán que se debe aprovechar aquellas ventajas otorgadas por la Naturaleza y sacarles el máximo provecho, a fin de que el libre comercio genere una asignación "óptima" de recursos. A este, podemos incluir varios otros que acompañan a los extractivismos: la condición indiscutible de la *globalización* (dogma en extremo debilitado con la crisis del coronavirus), el mercado como regulador inigualable (excepto en tiempos de crisis, cuando termina necesitando el apoyo del Estado), las privatizaciones como camino único (privatización de la propiedad pública, pero a cambio de socializar las pérdidas privadas), la competitividad como virtud por excelencia (conseguida en muchos casos con la sobreexplotación inmisericorde del ser humano y de la Naturaleza).

1. Recordando que el índice de Gini es un indicador de desigualdad que va de 0 (máxima igualdad) a 1 (máxima desigualdad).

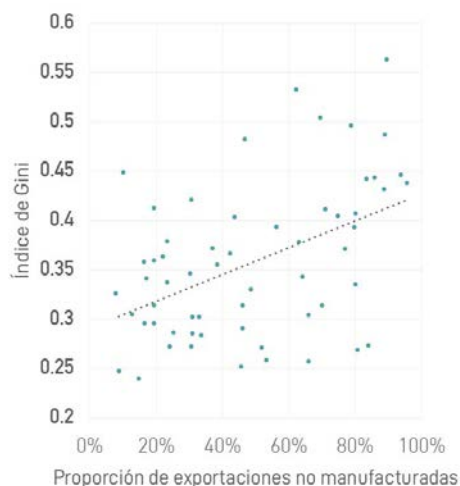
2. Ver la figura 1a.

3. Ver la figura 1b.



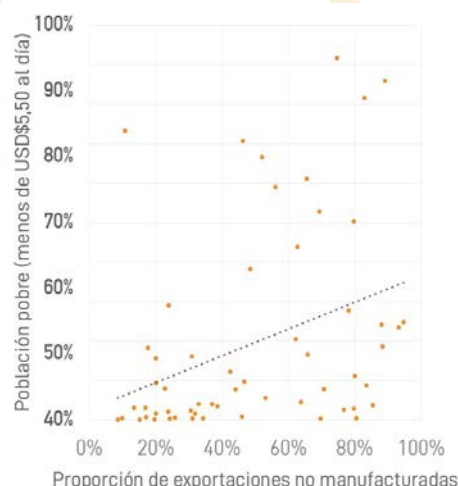
Figura 1. Algunas correlaciones del extractivismo (2017)

1a. Exportaciones primarias
- Índice de Gini



Nota: correlación positiva estadísticamente significativa de +0,4576

1b. Exportaciones primarias
- Pobreza



Nota: correlación positiva estadísticamente significativa de +0,3688

Fuente: Banco Mundial. Elaboración propia.

Aquí cabe anotar que el concepto *extractivismo* es relativamente reciente. Surgió a mediados del siglo XX como *industrias extractivas*, volviéndose muy popular por la promoción de organismos internacionales como el Banco Mundial y de las mismas Naciones Unidas; pero su mayor importancia simbólica emerge desde las resistencias a dichas *industrias* (Gudynas, 2015)⁴. Por su parte, las teorías de las “maldiciones” provienen de muchas reflexiones, varias originadas en las teorías de la dependencia (Acosta, 2016). Así, al combinar ambas entradas, es posible plantear lecturas potentes tanto por su capacidad movilizadora como por la posibilidad de entender mejor los fenómenos sociopolíticos que provocan los extractivismos (como, por ejemplo, los límites que éstos imponen al ejercicio de la democracia).

4. En Brasil este término puede llevar a confusiones, puesto que es comúnmente utilizado en actividades de conservación, por ejemplo, la extracción sustentable de la castaña amazónica.

Algunos entretelones de esta antigua maldición

A primera vista, podría creerse que el principal problema que enfrentan los países ricos en recursos naturales radica en la forma como extraen dichos recursos y distribuyen los frutos de su extracción. Junto a este problema, suelen incorporarse los problemas existentes por la presencia de intereses transnacionales que afectarían el funcionamiento y hasta a la existencia de las instancias estatales nacionales. Así, muchas veces la discusión termina enfrascada en definir cuánta debe ser la participación del Estado en la extracción y las exportaciones primarias. Sin embargo, el problema es mucho más profundo.

Como ya se mencionó antes, los países que exportan masivamente recursos naturales tienden a presentar mayor desigualdad y pobreza. Asimismo, la experiencia histórica muestra que los países extractivistas no han sido capaces de evitar las crisis económicas recurrentes, y hasta parecen consolidar mentalidades 'rentistas'. A más de deteriorar el medio ambiente, todo esto profundiza la débil y escasa *institucionalidad formal*, alienta la corrupción, exacerba las prácticas clientelares y patrimonialistas, y frenan la construcción de ciudadanía y democracia. Visto así el tema, la "maldición de la abundancia" envuelve a todas las dimensiones de la sociedad.

En otros términos, los extractivismos provocan una serie de "efectos derrame" (Gudynas, 2015) que se proyectan mucho más allá de la localización espacial de cada actividad extractiva, pudiendo afectar a países enteros y aún fuera de ellos. Estos efectos van desde las afectaciones materiales a la Naturaleza hasta al deterioro de los sentidos de diversas políticas públicas -como las ambientales, sociales o económicas- así como el deterioro de los sentidos de la política, la justicia y la democracia. También los "derrames" impactan en las relaciones de propiedad, en la soberanía y en la vinculación global de los países. Incluso las perspectivas de *desarrollo y progreso* pueden quedar atadas a los extractivismos, bajo el argumento de que, si los países quieren desarrollarse, no pueden quedar aislados del mercado mundial.

Además, la realidad de una economía primario-exportadora se refleja en un escaso interés por invertir en el mercado interno. Esto limita la integración del sector exportador con la producción nacional, lo cual provoca el surgimiento de dinámicas de *enclave*. No hay incentivos para desarrollar y diversificar la producción interna, vinculándola a los procesos exportadores, que a su vez deberían transformar los



recursos naturales en bienes de mayor valor agregado. Asimismo, los ingresos de recursos por exportación financian una fuerte preferencia de importaciones, al punto que estas sociedades prefieren lo *made in cualquier parte* antes que los productos locales.

Parecería que la "maldición" nos impide hasta descubrir nuestras potencialidades. Esto podría ser respuesta a lo relativamente fácil que es obtener ventaja de la renta que ofrece la Naturaleza y de una mano de obra barata a causa de la sobreexplotación laboral propia de los países dependientes (Marini, 1973). El beneficio de estas actividades va a las economías ricas, importadoras de estos recursos que luego sacan un provecho mayor procesándolos y comercializando productos terminados, que muchas veces terminan siendo vendidos a los propios países exportadores-primarios. Mientras tanto, estos últimos deben sufrir no solo de un intercambio económica y ecológicamente desigual, sino que también deben cargar con el peso de los pasivos ambientales y sociales.

Si se contabilizaran los costos económicos de los impactos sociales, ambientales y productivos causados por los extractivismos (sea petroleros, mineros, agrarios y demás), así como los subsidios ocultos en estas actividades, desaparecerían muchos de los beneficios económicos potenciales. Sin embargo, es evidente que ese tipo de contabilidad no es de interés para los países centrales capitalistas que se benefician de externalizar dichos costos a la periferia. Aquí también cabe reconocer la existencia de impactos que quizá no son cuantificables en términos económicos: hay dimensiones de la vida a las que, simplemente, no es posible poner un precio.

Aparte de externalizar costos, pocos grupos poderosos y, sobre todo, transnacionales, concentran gran parte de las rentas de la Naturaleza. Estos grupos bien pueden recoger a amplios segmentos empresariales contagiados por el rentismo, así como a burocracias que aprovechan del poder político para servirse de las rentas extractivas. Tales grupos generan dinámicas que interrumpen las posibilidades de generar alternativas productivas para los mercados domésticos. Prefieren fomentar el consumo de bienes importados. Con frecuencia estos grupos sacan sus ganancias del país y manejan sus negocios con empresas afincadas en 'paraísos fiscales'.

En definitiva, en varios de los países de la periferia capitalista, existen estructuras políticas y hasta institucionales que, junto con el poder de las élites locales (sumisas al capital transnacional), vuelven casi inviable la inversión de los ingresos recibidos por las exportaciones de productos primarios para fortalecer las economías internas. Es más, todo este entramado incluso puede complicar las inversiones en las propias actividades exportadoras. Así, por ejemplo, la industria de refinación pe-

trolera –que no debe confundirse con las actividades de extracción de petróleo– se ha desarrollado casi exclusivamente en los países industrializados importadores de crudo, y no en los países que lo extraen y exportan, exceptuando Noruega⁵.

Adicionalmente, cabe considerar el papel de la especulación sobre las rentas extractivistas. En los mercados financieros internacionales, los precios de varios recursos naturales (especialmente el precio del petróleo y otros *commodities*), muestran drásticas fluctuaciones que no tienen vínculo alguno con la economía real. Un caso extremo se registró precisamente durante la crisis del coronavirus cuando, el 20 de abril de 2020, el barril de petróleo West Texas Intermediate llegó a cotizar en un *precio negativo* de hasta -37,63 dólares. Al día siguiente, el petróleo retomaría un precio positivo fluctuante en alrededor de 20 dólares por barril. Esta clara condición especulativa de los precios de varios productos primarios en los mercados internacionales tiene, como resultado, que los ingresos que generan tales actividades para varios países se vuelvan altamente volátiles. Dicha volatilidad hasta puede acentuar las distorsiones dentro de las economías capitalistas periférico-dependientes que dependen de estos.

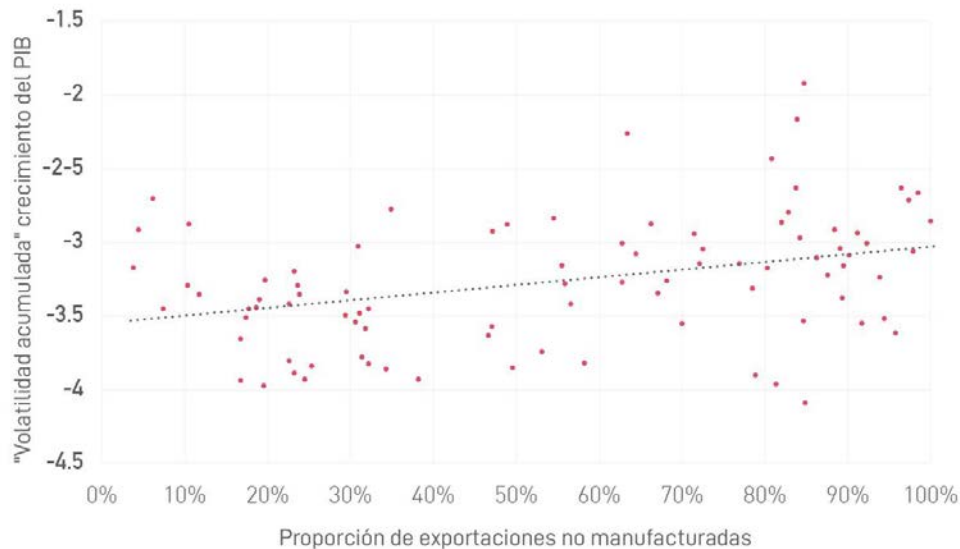
Apenas como ilustración de este argumento, si nuevamente se toma información del Banco Mundial referente a la participación de las exportaciones no manufacturadas (tomadas como *proxy* de las exportaciones primarias) del año 2017 y se la compara con la “volatilidad acumulada” del crecimiento del PIB entre los años 1969-2017, se obtiene lo siguiente: para 89 países con información disponible se observa que la participación de productos primarios en las exportaciones se está positivamente correlacionada con la “volatilidad” del crecimiento; es decir, a mayor peso de exportaciones primarias, los países tienden a mostrar un crecimiento más volátil e inestable.

Como otra forma de volatilidad, las economías periféricas en extremo dependientes de las exportaciones primarias terminan condicionando gravemente sus dinámicas internas a los requerimientos del mercado mundial. Un triste ejemplo se encuentra en los impulsos para ampliar o no las fronteras extractivistas. Y cuando las reservas de algún recurso natural declinan o se ven afectadas por cambios tecnológicos, los gobiernos concentran su atención en ampliar las fronteras de otros recursos, sin importar todas las tensiones sociales y ambientales que puede provocar esa expansión extractivista “permanente”.

5. Noruega ya era un país capitalista “desarrollado” cuando empezó a exportar petróleo y tenía las condiciones socioeconómicas, a más de una fuerte institucionalidad democrática, para manejar de manera sustentable los ingresos obtenidos. Pero ni ese manejo “responsable” hace que en dicho país desaparezcan los impactos sobre la Naturaleza.



Figura 2. Correlación entre exportaciones primarias y "volatilidad" del crecimiento



Nota 1: correlación positiva estadísticamente significativa de +0,36.

Nota 2: la "volatilidad acumulada" del crecimiento del PIB se estima con el logaritmo de la desviación estándar de la tasa de crecimiento del PIB per cápita.

Fuente: Banco Mundial. Elaboración propia.

Aquí vale recalcar que es imposible que todos los países que generan productos primarios similares crezcan esperando que la demanda internacional sea suficiente y sostenida para garantizar un desempeño satisfactorio de sus economías. Es más, con el tiempo, la demanda internacional de varios productos primarios puede volverse incierta particularmente en medio de la crisis como la exacerbada por el coronavirus (como muy bien ejemplifica el colapso de la demanda de petróleo). El control real de esas exportaciones depende de la demanda de los países centrales. Incluso muchas empresas estatales de economías primario-exportadoras (con la anuencia de los respectivos gobiernos, por cierto) parecerían programadas para reaccionar solo a impulsos foráneos. Y no solo eso, pues las operaciones de empresas estatales con frecuencia producen tan o más graves impactos socioambientales que las empresas transnacionales; en ocasiones estos entes estatales apelan al nacionalismo para romper las resistencias de las comunidades opuestas a la ampliación de las fronteras extractivas.

La dependencia en los mercados foráneos marca aún más en épocas de crisis. En esos contextos, casi todos los países con economías periférico-dependientes atadas a la exportación de recursos primarios caen en la trampa de forzar las tasas de

extracción de dichos recursos, incluso pese a que sus precios bajan. Buscan, como sea, sostener sus ingresos por las exportaciones de dichos bienes. Esta realidad beneficia a los países centrales: un mayor suministro de materias primas -petróleo, minerales o alimentos-, en épocas de precios deprimidos, ocasiona una sobreoferta, reduciendo aún más sus precios (situación llevada al límite en 2020 en plena recesión global, agravada por crisis del coronavirus, ante las incapacidades de llegar a acuerdos entre grandes países exportadores de los hidrocarburos como Rusia y Arabia Saudita). Todo esto genera un "crecimiento empobrecedor" (Baghwaty, 1958). Asimismo, cabría pensar en el posible vínculo entre los precios de los productos primarios de exportación y los grandes ciclos del capitalismo mundial (Kondratieff, 1935), con énfasis en los ciclos que emergen en las economías extractivistas.

Dichas economías, con una elevada demanda de capital y tecnología, que funcionan como enclave -sin integrar las actividades primario-exportadoras al resto de la economía y de la sociedad- el aparato productivo termina sufriendo trastornos como la *heterogeneidad estructural* (Pinto, 1970). Tal heterogeneidad, en donde sectores altamente productivos y tecnificados vinculados al mercado mundial se distancian de otros de baja productividad y enfocados al mercado interno, puede aumentar la vulnerabilidad de los países al momento de competir con otros, o incluso al momento de buscar integraciones económicas regionales. En efecto, las posibilidades de alcanzar la integración regional (indispensables para ampliar los mercados domésticos) se frenan si los países vecinos producen similares materias primas, compiten entre sí, deprimen sus precios de exportación, y no logran encadenar en bloque sus procesos productivos debido a sus débiles encadenamientos internos. Y esto que ya se avizora en la actualidad: los países con economías primario exportadoras creen -equivocadamente por cierto- que van a superar el bache aumentando sus exportaciones de materias primas.

De hecho, son muy limitados -o simplemente nulos- los encadenamientos productivos incluso generados desde las propias actividades extractivistas. En muy raras ocasiones dentro de los países extractivistas periférico-dependientes emergen conglomerados productivos alrededor de los extractivismos; tampoco se orientan a satisfacer al mercado interno o a diversificar la oferta exportable. Estas condiciones, además de sus características tecnológicas, hacen que los extractivismos tampoco promuevan una masiva generación de empleo. Basta con recordar que el procesamiento de las materias primas se concentra en los países industrializados, de modo que ahí se concentra la demanda de mano de obra. Este desapego con la economía



interna lleva a que los países ricos en materias primas vivan la contradicción de que la mayoría de su población no tiene empleo o cae en el subempleo y, como consecuencia, está *empobrecida*.

Tal desconexión con el mercado laboral interno también deteriora la distribución del ingreso. Y no solo eso, pues esta modalidad de acumulación orientada en extremo hacia afuera fortalece un esquema cultural dependiente del exterior, que minimiza o definitivamente margina las culturas locales (y en varios casos, directamente las extermina). Además, se consolida un “modo de vida imperial” (Brand y Wissen, 2017) en élites y clases medias, con un efecto demostración incluso en segmentos populares.

En definitiva, esta modalidad de acumulación no requiere del mercado interno e incluso puede funcionar con relativa independencia de los niveles salariales. No hay la presión social que obliga a reinvertir en mejoras de la productividad ni a respetar la Naturaleza. Es más, la renta natural, en tanto fuente principal de financiamiento de esas economías, determina la actividad productiva y el resto de las relaciones sociales. Para colmo, el extractivismo –sobre todo petrolero o minero– promueve relaciones sociales perniciosas: véase, por ejemplo, las relaciones e inversiones comunitarias en donde las empresas extractivistas terminan sustituyendo al propio Estado, al dotar de servicios sociales, sin que ésta sea su función específica. Sin duda, entre los objetivos destaca la búsqueda -perversa- de legitimar la propia extracción de los recursos naturales aprovechando de las carencias de las poblaciones que viven en los territorios.

Otro grave problema que acompaña a los extractivismos son las violencias propias de un *modelo biocida*. Estas expresiones de violencia pasan por diversos grados: represión estatal, criminalización de los defensores de la vida, guerras civiles, guerras abiertas entre países, agresiones imperiales por parte de algunas potencias empeñadas en asegurarse por la fuerza los recursos naturales, sobre todo hidrocarburos o minerales en los últimos tiempos. La violencia en la apropiación de recursos naturales extraídos mediante el atropello a los Derechos Humanos y los Derechos de la Naturaleza, “no es una consecuencia de un tipo de extracción, sino que es una condición necesaria para poder llevar a cabo la apropiación de recursos naturales”, como señala Eduardo Gudynas (2013, p.11). O como menciona Michael J. Watts (1999, p. 1), podemos concluir que “toda la historia del petróleo está repleta de criminalidad, corrupción, el crudo ejercicio del poder y lo peor del capitalismo de frontera”, afirmación aplicable al resto de extractivismos.

Pero hay más. Los Estados rentistas construyen un marco jurídico favorable a las empresas extractivistas que, en varias ocasiones, aprovechan que sus propios exfuncionarios o intermediarios están incrustados en los gobiernos. De hecho, hay todo un aparato de abogados y técnicos que velan por aventajar a las empresas extractivistas con reformas legales. Esta intromisión -alentada por organismos multilaterales- se registra una y otra vez, por ejemplo, en los sectores petrolero y minero, donde los mismos directivos de las empresas o sus abogados llegan a dirigir las instancias de control estatal o la dirección de las empresas extractivistas: la clásica *puerta giratoria*.

Estos dos últimos puntos -el de las violencias atadas a los extractivismos y su alcance a través de dicho efecto de *puertas giratorias* tienen una implicación profunda en el ejercicio de la democracia dentro de los países. Gracias a la violencia y a la capacidad de cooptar instituciones estatales, los capitales transnacionales extractivistas adquieren la posibilidad no solo de moldear los esquemas legales de los países: pueden incluso poner freno a mandatos populares celebrados en consultas populares, mandatos planteados desde los parlamentos, poseer sus propias fuerzas paramilitares, y hasta pueden violentar la soberanía territorial de los países.

En ciertos puntos sería como si el Estado-Nación en las sociedades periférico-dependientes pudiera fácilmente ser pasado por encima, o volverse un mero instrumento, que facilita la expansión hasta geopolítica de los capitales extractivistas. Ejemplo de ello es la propia historia de Latinoamérica, que se ha ido tambaleando entre servir de proveedora de recursos primarios a la economía norteamericana y europea, o a la economía china en tiempos más actuales. Todo, sin importar que las condiciones bajo las cuales se dan esas relaciones económico-políticas se vuelvan lesivas para los pueblos. Así, vemos que hay motivos para creer que extractivismos y democracia no se llevan nada bien.

La “cultura del milagro” como amenaza de la democracia

En el capitalismo, la democracia posee serios límites. Es común que el poder político termine cooptado por el poder económico del capital. Grandes campañas mediáticas -a veces de millones de dólares- junto con todo un acervo de contactos, partidos políticos contruidos alrededor de caudillos adinerados, y demás estructuras, vuelven casi imposible que los miembros de los sectores populares y las clases



trabajadoras puedan realmente acceder y ejercer el poder gubernamental (y si llegan a alcanzarlo, no tardan mucho en ser absorbidos con alguna prebenda). A la vez, la acumulación capitalista sofoca los intentos de organización autonómica que pueda tener la sociedad, sea indirectamente a través de mecanismos hegemónicos transmitidos hasta en el consumismo, o directamente por medio del uso de la fuerza.

Tales límites de la democracia en el capitalismo se exageran y se vuelven aún más crudos en aquellas sociedades agobiadas por las patologías de la “maldición de la abundancia”. Esas múltiples patologías facilitan la permanencia de gobiernos que necesitan ser autoritarios y clientelares, así como de empresas voraces y también clientelares. Así, en el capitalismo periférico-dependiente y extractivista, los problemas de la democracia se complementan con un manejo muchas veces dispendioso de los ingresos obtenidos por las rentas naturales, junto con la ausencia de planificación económica. Como resultado, la institucionalidad primario-exportadora se vuelve una suerte de “caricatura deforme” de la institucionalidad de los países centrales (que, aclaremos, tampoco sirve de modelo si se busca una auténtica democracia).

África es un ejemplo vivo –y lacerante– en donde la crueldad y muerte asociadas a los extractivismos (la minería en particular) se conjugan con la búsqueda de acumulación de grandes capitales transnacionales. Por ejemplo, Deneault et al. (2008) evidencian cómo las guerras de la República Democrática de Congo -los conflictos armados más mortales desde la Segunda Guerra Mundial- tuvieron como origen el control de los yacimientos minerales y petroleros del este de este país africano. La historia igualmente es cruenta en Nigeria. Por su parte, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes, entre otros países de dicha región (de ingentes recursos financieros y elevados ingresos per cápita) sin embargo no pueden incorporarse en la lista de países *desarrollados*: la inequidad registrada en muchos ámbitos -como el género y lo étnico- es intolerable y sus gobiernos, además de que no son democráticos, se caracterizan por profundas prácticas autoritarias.

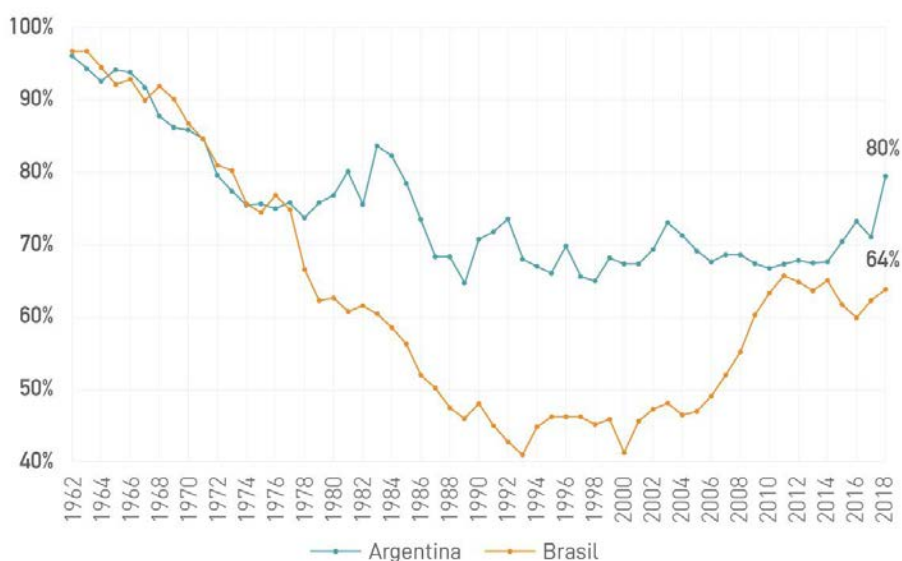
Respecto a América Latina, la región tiene amplia experiencia en este campo. Venezuela ha sido desde inicios del siglo XX un ejemplo paradigmático. Brasil tampoco se queda atrás, más aún con el surgimiento de Jair Bolsonaro. Otros países latinoamericanos también han registrado períodos autoritarios en estrecho vinculados a la modalidad de acumulación primario-exportadora, sustentada en pocos recursos naturales de origen mineral. Incluso, si se revisa el peso que los productos

primarios históricamente han presentado en varios países de la región⁶, hay algunas tendencias que podrían reforzar la tesis de que los extractivismos no son favorables a la democracia.

En efecto, al revisar las experiencias en el caso de países sudamericanos, se nota, por ejemplo, la drástica tendencia a la reprimarización de Brasil en el período 2000-2010, luego de lo cual el peso de las exportaciones primarias se ha mantenido estancado⁷. Tal dependencia a los productos primarios llevó a que el país viva un grave estancamiento económico con la caída de los precios de los productos primarios: mientras que en 2015, según el Banco Mundial, su ingreso anual por habitante fue de 12.113 dólares, para 2018 dicho ingreso decayó a 8.921 dólares. Mientras, el peso de sus exportaciones primarias respecto al total se ha mantenido fluctuando en más el 60%, de acuerdo con la Cepal. El gigante sudamericano, que sufre más de cinco años de estancamiento económico y de graves crisis políticas (exacerbadas por el gobierno de Bolsonaro, que ha sacado su peor faceta en medio de la crisis sanitaria del coronavirus), ejemplifica la perversa "maldición de la abundancia": países ricos en recursos naturales con sociedades pobres y democracias muy frágiles. En cuanto a Argentina, desde fines de los 80 el país no ha podido generar cambios importantes que reduzcan su dependencia a la exportación de productos primarios.

Figura 3. Exportaciones primarias en Sudamérica (% del total)

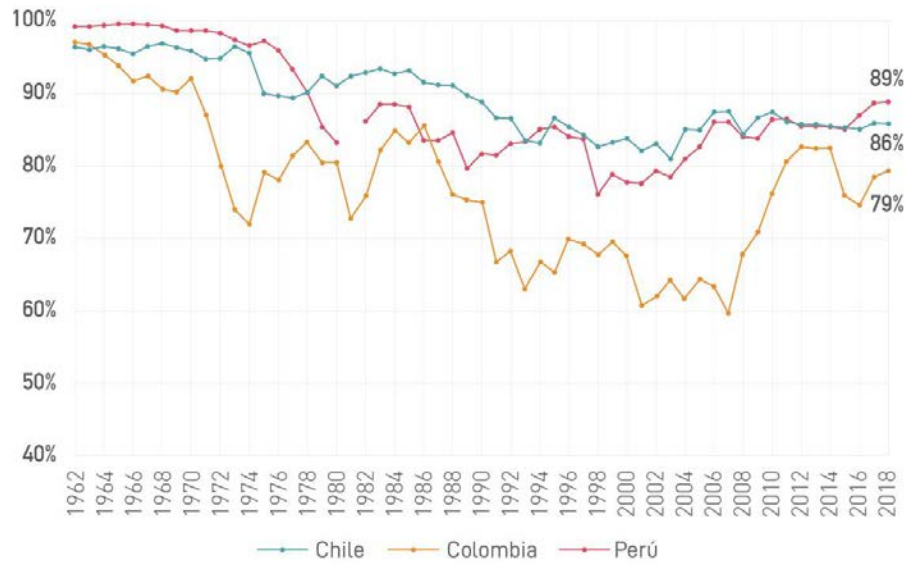
3a. Argentina y Brasil



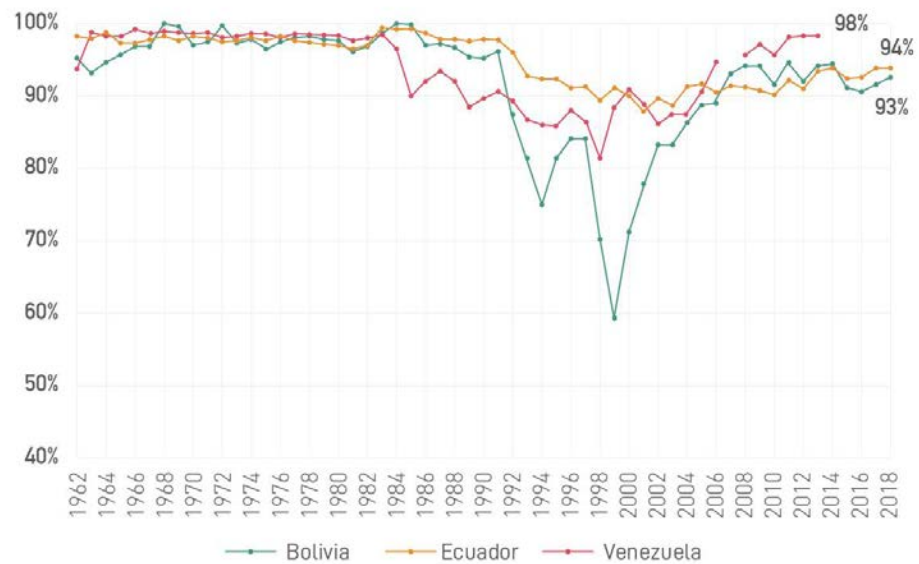
6. Ver la figura 3.

7. Ver la figura 3a.

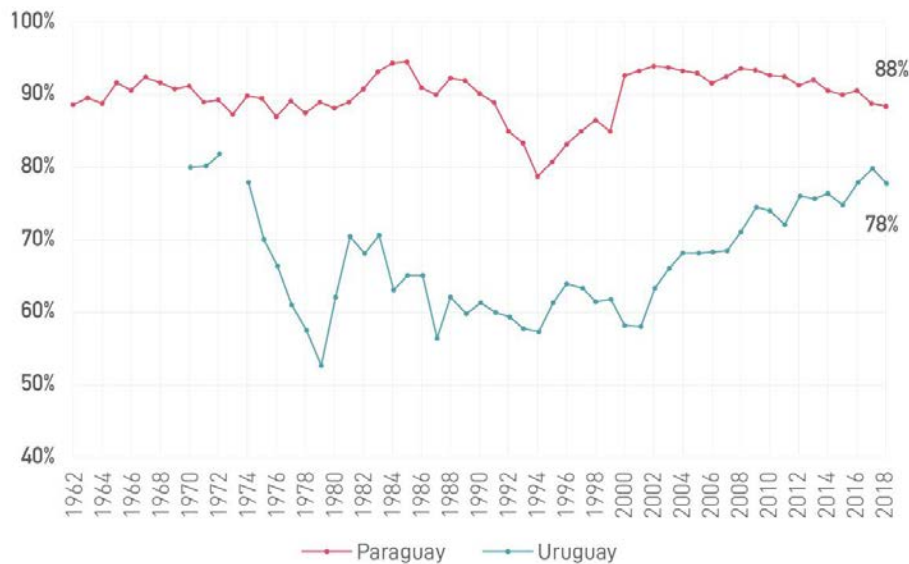
3b. Chile, Colombia, Perú



3c. Bolivia, Ecuador, Venezuela



3d. Paraguay, Uruguay



Fuente: CEPALSTAT. Elaboración propia.

Un caso aún más dramático es Venezuela, donde el peso de los productos primarios es extremo al bordear el 98%, según datos de la Cepal disponibles hasta 2013 (hasta la información estadística del país se ha visto gravemente afectada por su crisis económica de magnitudes impensables). De esa proporción, unos 80 puntos porcentuales corresponden exclusivamente a petróleo crudo (lo cual lo diferencia de otros países exportadores de la región como Ecuador, donde el peso del petróleo crudo es de 29%, y de Bolivia, donde el 32% de exportaciones corresponden a gas de petróleo). En Venezuela la democracia sufre un deterioro extremo. Las disputas entre el oficialismo y la oposición han desgastado gravemente a la población (generándose incluso graves problemas de hambre y escasez de servicios básicos como la provisión de energía eléctrica). En el caso de Ecuador, entre el autoritarismo del correísmo y del morenismo, que consolidó una agenda neoliberal (arrancada por su antecesor), tampoco la democracia se muestra saludable. En Bolivia, luego de la polémica de las elecciones presidenciales en 2019, el país está manejado bajo un gobierno prácticamente de facto.

Respecto a Colombia, Chile y Perú, países donde los gobiernos neoliberales han mostrado el mayor tiempo en funciones en los últimos años, el peso de las exportaciones primarias también es alto, rondando en más del 80%, como se ve en la figura 3b. Aquí puede destacarse el caso de la reprimarización colombiana, que aproximadamente parece coincidir con el segundo mandato del uribismo: un régi-



men que escaló al límite la violencia y dejó como cruel herencia el asesinato exacerbado y permanente de líderes sociales.

También puede notarse una reprimarización en Uruguay, la cual, sin embargo, parece menos drástica que en otros países. Aquí posiblemente podría pensarse que el ejercicio democrático se ha mostrado más estable que en los demás países sudamericanos. Sin embargo, en el caso uruguayo recién se vivió un cambio de gobierno hacia una corriente neoliberal que podría afectar el relativamente sólido ejercicio democrático a futuro. Mientras tanto en Paraguay, otra economía primario exportadora, los conflictos políticos están en la orden del día; recordemos aquellos que devinieron de la destitución del presidente Lugo y el posicionamiento de un gobierno neoliberal.

Más allá de todos los detalles que pueden analizarse de cada país latinoamericano, el ejemplo de Sudamérica muestra la combinación de países con alta dependencia en exportaciones primarias (y muchos viviendo importantes procesos de reprimarización), y procesos con democracias frágiles: en la región, más allá de neoliberalismo o progresismo, los autoritarismos, los golpes de Estado, y la inestabilidad, siguen siendo parte de la vida política. Y todo eso pese a que América Latina, al menos durante el aumento de los precios de los *commodities*, en la primera década de los años 2000, consiguió importantes tasas de crecimiento económico. En ese contexto se amplió los extractivismos buscando ingresos para impulsar ambiciosos proyectos *desarrollistas* y sostener programas de apoyo o de transferencias a una sociedad con muchas carencias y que cada vez exige más. De hecho, las demandas sociales son uno de los mayores alicientes para mantener y apoyar las actividades primario-exportadoras. Los gobiernos, con este esfuerzo, buscaron fijar la atención a esas demandas sociales. Sin embargo, más allá de fluctuaciones coyunturales, persisten los problemas estructurales de la región, los cuales evidentemente serán agravados a causa de la crisis global causada por la Covid-19.


En general, durante las bonanzas, varios gobiernos de economías ricas en recursos naturales han llegado incluso a pronosticar la "superación del subdesarrollo". Uno de los casos que más recuerde la historia reciente será el del Irán, del Sha Reza Pahlavi, uno de los mejores socios de Estados Unidos en el Medio Oriente quien, alentado por los elevados ingresos petroleros que recibía su país en los años setenta del siglo XX, aseguraba que antes del año 2000 su país estaría entre las cinco naciones más ricas y poderosas del planeta. El sueño no duró mucho, su gobierno fue derrocado por una amplia movilización popular impulsada por los ayatolas.

Como afirmó Fernando Coronil (2002) para Venezuela (situación extrapolable a otros países), en estas economías aflora un "Estado mágico", capaz de desplegar la "cultura del milagro". Gracias a los cuantiosos ingresos de las exportaciones de petróleo o minerales, muchas veces los gobernantes se asumen como portadores de la voluntad colectiva y tratan de acelerar el salto hacia la ansiada modernidad. Y así surgen los modelos milagrosos que duran poco tiempo, como pasó en Ecuador en pleno boom de los *commodities* durante el gobierno de Rafael Correa: en 2014 se auguraba un "milagro ecuatoriano" y, desde 2015 hasta la actualidad, este país ha permanecido en un estancamiento económico del cual no logra salir.

La explotación de los recursos naturales no renovables permite que surjan Estados rentistas y paternalistas, cuya incidencia está atada a la capacidad política de gestionar una mayor o menor participación de la renta extractiva. Son Estados que al monopolio de la violencia política añaden el monopolio de la riqueza natural (Coronil, 2002). Aunque parezca paradójico, este tipo de Estado muchas veces delega parte sustantiva de las tareas sociales a las empresas petroleras o mineras y abandona amplias regiones. Y en estas condiciones de "desterritorialización" del Estado, se consolidan respuestas propias de un Estado policial que reprime a las víctimas del sistema al tiempo que deja de cumplir sus obligaciones sociales y económicas.

En estas economías extractivistas de enclave se configuran estructuras y dinámicas políticas voraces y autoritarias. Su voracidad, particularmente en la bonanza, se plasma en un aumento muchas veces más que proporcional del gasto público y sobre todo una discrecional distribución de recursos fiscales: un verdadero despilfarro, como se viviría en el caso del "milagro ecuatoriano" (Acosta y Cajas-Guijarro 2018). Este ejercicio político -especialmente en un boom exportador- se explica también por el afán de los gobiernos de mantenerse en el poder y/o por su intención de acelerar varias reformas *desarrollistas* pero que están dominadas por una visión de colonialidad (que margina y reprime los conocimientos y prácticas ancestrales y hasta condena a muerte a sus portadores). Este incremento del gasto y las inversiones públicas es también el producto del creciente conflicto distributivo que se desata entre los más disímiles grupos de poder. Como reconoce Jürgen Schuldt (2005): "se trata, por tanto, de un juego dinámico de horizonte infinito derivado endógenamente del auge. Y el gasto público -que es discrecional- aumenta más que la recaudación atribuible al auge económico (política fiscal pro-cíclica)".





Este "efecto voracidad" provoca la desesperada búsqueda y apropiación abusiva de parte importante de los excedentes generados en el sector primario-exportador. Ante la ausencia de un gran acuerdo nacional para manejar estos recursos naturales, sin instituciones democráticas sólidas (que sólo pueden construirse con una amplia y sostenida participación ciudadana), sin respetar los Derechos Humanos y de la Naturaleza, aparecen en escena diversos grupos de poder no-cooperativos desesperados por obtener una tajada de la renta minera o petrolera. Además, como consecuencia de la apertura de amplias zonas boscosas provocada por las actividades mineras o petroleras, surgen otras actividades extractivistas que, a su vez, causan graves problemas ambientales y sociales, como las madereras o las plantaciones para monocultivos.

En la disputa por la renta natural intervienen, sobre todo, las empresas transnacionales involucradas directa o indirectamente en dichas actividades y sus aliados criollos, la banca internacional, amplios sectores empresariales y financieros, incluso las Fuerzas Armadas, así como algunos segmentos sociales con incidencia política. Igualmente obtiene importantes beneficios la "aristocracia obrera" vinculada a las actividades extractivistas. Y esta pugna distributiva, que puede ser conflictiva, de modo que se demanda el surgimiento de gobiernos autoritarios.

En muchos países primario-exportadores, los gobiernos y las élites dominantes, la "nueva clase corporativa", capturan no sólo el Estado (sin mayores contrapesos) sino también cooptan a importantes medios de comunicación, encuestadoras, consultoras empresariales, universidades, fundaciones y estudios de abogados. Así las cosas, incluso la privatización y la creciente mercantilización del conocimiento están a la orden del día. Hasta la ciencia es cada vez más dependiente de poderes hegemónicos que apuntan a la apropiación sistemática de la Naturaleza y el control de territorios estratégicos.

Así, las grandes transnacionales extractivistas devienen en un actor político privilegiado por poseer "niveles de acceso e influencia de los cuales no goza ningún otro grupo de interés, estrato o clase social" y, aún más, que les permite "empujar la reconfiguración del resto de la pirámide social (...) se trata de una mano invisible en el Estado que otorga favores y privilegios y que luego, una vez obtenidos, tiende a mantenerlos a toda costa", asumiéndolos como "derechos adquiridos" (Durand, 2006).


Esta realidad conlleva múltiples costos económicos: la subvaluación de las ventas externas o la sobrevaluación de los costos para reducir el pago de impuestos o aranceles, aparición de eventuales e incluso sorpresivas reducciones de la tasa de extracción para forzar mayores beneficios, creciente presencia de intermediarios de todo tipo que dificultan la producción de otros bienes y servicios, y encarecen las transacciones; incluso la reducción de las inversiones sectoriales, al menos por parte de las empresas más serias. Por otro lado, depender tanto de la generosidad de la Naturaleza margina los esfuerzos de innovación productiva e incluso de mercadeo.

De la mano de la "maldición de la abundancia", aparece la "deuda eterna" fomentada por los créditos externos (Acosta, 1994). En pleno auge económico, la deuda pública, en particular externa, crece más que proporcionalmente con relación al *boom* propiamente dicho (es cierto que también creció por condiciones externas derivadas de las demandas de acumulación del capital). Aquí asoma nuevamente el "efecto voracidad", manifestado por el deseo de participar en el festín de los cuantiosos ingresos provenientes de la banca internacional (privada y multilateral) o de países como China, corresponsables, junto a los organismos multilaterales, de los procesos de endeudamiento externo de los países empobrecidos.

Como consecuencia de la alta recaudación derivada de la explotación de los recursos naturales, los gobiernos tienden a olvidar otros impuestos, sobre todo directos, como el impuesto a la renta. En realidad, despliegan una mínima presión tributaria. Esto, como reconoce Schuldt, "malacostumbra" a la ciudadanía, y sobre todo permite que los grupos de poder económico puedan acelerar aún más su acumulación capitalista. A la postre la población espera obras, sin exigir al gobierno transparencia, justicia, representatividad y eficiencia: un ejemplo es aquel lugar común de que un gobernante ladrón no es tan grave si "hace obra". Un tema preocupante, pues la demanda por representación democrática en el Estado, recuerda Schuldt (2005), surgió generalmente como consecuencia de los aumentos de impuestos. Por ejemplo, en Gran Bretaña hace más de cuatro siglos y en Francia a principios del siglo XIX.

Las lógicas del rentismo y del clientelismo, incluso del consumismo, difieren e impiden construir ciudadanía y democracia. Y estas prácticas clientelares, al alentar el individualismo, desactivan las propuestas y acciones colectivas, afectando a las organizaciones sociales y, lo que es más grave, al sentido de comunidad. Dada la descomposición institucional, incluso cualquier forma de empatía con el Estado-Nación puede llegar a perderse dentro de la población. A su vez, estos gobiernos tratan





de subordinar a los movimientos sociales y, si no lo logran, plantean estructuras paralelas controladas por el propio Estado.

Sin minimizar la importancia de cubrir niveles de consumo adecuado para la población tradicionalmente marginada, no faltará quien -ingenuamente- vea en el consumismo hasta elementos democratizadores, sin considerar ni los patrones de consumo importados que se consolidan ni que la creciente demanda se satisface, casi siempre, con la oferta de grandes grupos económicos y hasta con bienes importados. El auge consumista, que puede durar mientras dure la bonanza, es una cuestión hasta psicológica y política. Este incremento del consumo material se confunde con una mejoría de la calidad de vida, en clara consonancia con el carácter fetichista de las mercancías. Así los gobiernos ganan legitimidad desde el consumismo, algo que no es ambiental ni socialmente sustentable y que se desvanece cuando caen los precios de los productos primarios en el volátil mercado internacional.

En estas economías se mantiene una inhibidora "mono-mentalidad exportadora" que ahoga la creatividad y los incentivos de los productores nacionales que habrían estado dispuestos -potencialmente- a invertir en ramas de alto valor agregado y de retorno. También en el seno de los gobiernos, e incluso entre los ciudadanos, se difunde esta "mentalidad pro-exportadora" casi patológica. Todo esto lleva a despreciar las potencialidades humanas, colectivas y culturales disponibles en el país. Se impone una suerte de ADN-extractivista en toda la sociedad, empezando por sus gobernantes.

Los gobiernos de estas economías primario-exportadoras no sólo cuentan con importantes recursos -sobre todo en las fases de auge de los precios- para asumir la necesaria obra pública, sino que pueden desplegar medidas y acciones dirigidas a cooptar a la población para asegurar una base de 'governabilidad' que posibilite introducir las reformas y cambios que consideran pertinentes. Pero las buenas intenciones desembocan, con frecuencia, en ejercicios gubernamentales autoritarios y mesiánicos que se ocultan tras 'democracias delegativas'.

Además, la mayor erogación pública en actividades clientelares reduce las presiones latentes por una mayor democratización. Se da una suerte de *pacificación fiscal*, dirigida a reducir la protesta social (al menos, mientras las rentas petroleras lo permiten). Aquí observamos a los diversos tipos de bonos empleados para paliar la extrema pobreza, sobre todo aquellos enmarcados en un clientelismo puro y duro que premia a los más sumisos.

Los altos ingresos de los gobiernos les permiten desplazar del poder y prevenir la configuración de grupos y fracciones de poder contestatarias o independientes, que puedan demandar derechos políticos y otros (derechos humanos, justicia, cogobierno, etc.). Incluso se destinan cuantiosos recursos para perseguir a los contrarios, incluyendo quienes no entienden las "bondades indiscutibles" de los extractivismos. Estos gobiernos asignan cuantiosas sumas de dinero para reforzar sus controles internos incluyendo la represión a los opositores, o crean las condiciones para que sus opositores directamente sean exterminados a través del ejercicio paramilitar. Así, sin una efectiva participación ciudadana, e incluso con el miedo a un Estado autoritario que no teme en descartar a sus opositores, se da paso a un vaciamiento de la democracia, por más que se consulte repetidamente al pueblo en las urnas.

La fiebre del oro: más fuerte que el miedo al Covid-19^s

El coronavirus nos confronta con una realidad plagada de contradicciones que se han acumulado por décadas, pero sobre todo en tiempos recientes. La expansión acelerada del capitalismo global, con sus tendencias a mercantilizarlo todo y de explotar a los seres humanos y a la Naturaleza, ya llevaba al mundo a una auténtica crisis civilizatoria antes de la llegada de la pandemia del Covid-19. Por ello, más allá de lecturas inspiradas en el complot y de una avalancha de interpretaciones, el proceso humano fraguado en el marco del "capitaloceno" es el responsable central del colapso climático en marcha y de la dramática expansión de la propia pandemia. Asimismo, la recesión económica, que ya presionaba al mundo antes del coronavirus, resulta de esa lógica infernal de acumulación sin fin del capital. En definitiva, la convergencia entre la pandemia del Covid-19 y otras pandemias incrustadas en la civilización del capital -patriarcado, colonialismo, discriminación, extractivismos, violencias, ecocidios, etnocidios, imperialismos- agudiza los problemas y nos enfrenta a una realidad en extremo compleja que nos convoca a pensar y actuar.

En ese sentido, el coronavirus ha llegado para desnudar varias contradicciones, muchas de ellas ya conocidas, entre las cuales destacamos tres:

Primero, el Covid-19 ha desvestido la profundidad de las desigualdades y sus graves consecuencias sociales. A inicios de 2020, antes de que se extienda por el mundo la pandemia, Oxfam ya indicaba que apenas 2.153 personas -mil millonarias- poseen



más riqueza que 4.600 millones de personas (60% de la población mundial)⁸. Ante un mundo tan desigual, la propia política de “quedarse en casa” como forma de detener la expansión del coronavirus, terminó cargada con un enorme matiz de privilegio de clase. La disponibilidad de viviendas dignas limita el cumplimiento de este mandato sanitario; solo consideremos que, precisamente en tiempos de pandemia, más de 2 mil millones de personas no tienen acceso a un retrete y otros miles de millones ni siquiera pueden lavarse sus manos en casa⁹.

A su vez, la urgencia del trabajo diario para los sectores informales o la ausencia de ahorros mínimos conspiran contra la cuarentena: según la Organización Internacional del Trabajo (OIT) al menos 1.600 millones de trabajadores informales se verían muy afectados por las medidas de confinamiento o por laborar en sectores económicos gravemente afectados¹⁰. Así, a más de los graves problemas sanitarios, explotan agravados muchos otros problemas sociales: el hambre, la miseria, la inequidad, la marginalidad.

Segundo, el coronavirus y la crisis que le acompaña crean el contexto perfecto para exacerbar los temores que incluso terminan sirviendo como dispositivos que refuerzan múltiples y aberrantes estructuras de poder. La forma en que se enfrenta la pandemia -incluso desde los discursos- refleja mucho de esta realidad. Se ha organizado un plan de guerra para vencer a un “enemigo invisible”. Con estas lecturas bélicas se oculta el origen el problema y hasta se legitima varios atropellos a la democracia. Por su parte, en clave de “chivos expiatorios” se sugiere que migración y coronavirus caminan de la mano, lo cual exacerba la xenofobia. Además, aún cuando cayeron aparatosamente las lecturas negacionistas de algunos gobernantes, estos, de forma descarada, se niegan a aceptar que hay problemas ambientales mundiales que se deben enfrentar globalmente y fuerzan el retorno a la “normalidad”.

De hecho, pese a que la crisis de salubridad no ha terminado y sigue llevando a la muerte a miles de personas, ese retorno forzado a la “normalidad” ya ha puesto nuevamente en circulación a miles de vehículos (en Estados Unidos, la movilización

8. Ver el artículo de Oxfam; “Los milmillonarios del mundo poseen más riqueza que 4600 millones de personas”, 20 de enero del 2020. Disponible en: <https://www.oxfam.org/es/notas-prensa/los-milmillonarios-del-mundo-poseen-mas-riqueza-que-4600-millones-de-personas>

9. Luis Triveno y Olivia Nielsen; “¡Hogar, sano hogar!”. Datos citados por el Banco Mundial. Disponible en <https://blogs.worldbank.org/es/voces/tres-maneras-de-mejorar-las-condiciones-de-vivienda>

10. Observatorio de la OIT: “El COVID-19 y el mundo del trabajo”, Tercera edición, Estimaciones actualizadas y análisis, 29 de abril de 2020. Disponible en: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/@dgreports/@dcomm/documents/briefingnote/wcms_743154.pdf

vehicular entre abril y junio de 2020 se ha incrementado al pasar de 50% a casi el 90% de la circulación habitual antes de la pandemia¹¹), llevando a que las emisiones diarias de carbono vayan retornando a sus niveles habituales (a junio de 2020 dichas emisiones apenas fueron 5% menores al promedio registrado en 2019¹²).

Así, el mundo transita hacia una realidad preocupante, en donde la pandemia del Covid-19 coexiste con las contradicciones sociales propias del capitalismo, mientras que se legitima una mayor limitación a la democracia. En medio de semejante realidad distópica, muchos gobiernos no dudan en forzar los extractivismos de todo tipo, como la minería, la explotación petrolera o la producción de soja transgénica, entre otras actividades extractivas.


Centremos un momento nuestra atención en la minería, que, en medio de la pandemia, cobra nuevos bríos¹³. En especial el oro se ha convertido, una vez más, en valor-refugio ante tantas incertidumbres: de hecho, su cotización ha alcanzado altos valores, comparables con aquellos de la época del consenso de los *commodities*¹⁴. Y en este escenario, caracterizado por el miedo, la minería se ha expandido, como se puede leer en el informe “*Voces desde el territorio - Cómo la industria minera mundial se está beneficiando con la pandemia de Covid-19*” (Earthworks et al 2020). Al revisar la información de dicho documento podemos afirmar que las compañías mineras han decidido continuar operando sin acatar las disposiciones para enfrentar las amenazas reales de la pandemia; esto enfrentó a muchas comunidades indígenas y rurales con los riesgos provocados por el virus, lo cual complejiza aún más la contaminación del extractivismo minero. Incluso hay casos donde las mineras se adentraron en territorios aprovechando que las comunidades que resisten estaban en sus casas, en cuarentena. Vía represión estatal se intenta silenciar las protestas legítimas, una

11. INRIX U.S. National Traffic Volume Synopsis Issue #12 (30 de mayo a 5 de junio del 2020. Disponible en: <https://inrix.com/blog/2020/06/inrix-u-s-national-traffic-volume-synopsis-issue-12-may-30-june-5-2020/>

12. [13] Artículo de Shannon Osaka What lockdown? Traffic returns, and so do carbon emissions, 15 de junio del 2020. Disponible en <https://grist.org/climate/what-lockdown-traffic-returns-and-so-do-carbon-emissions/>

13. Sobre el avance de las actividades mineras en medio del COVID-19, se puede ver el artículo de El Espectador: “¿Cómo se está comportando la industria minera durante el COVID-19?”, junio 8 de 2020. Disponible en <https://www.elespectador.com/noticias/medio-ambiente/asi-opera-la-mineria-en-pandemia-por-covid-19/?fbclid=IwAROnuwoeCeigoByCmxYcUsl1EzuOnu4U2XqmtteOei4tKzTazuJvPRUKb20>

14. Ver CooperAccion; “En tiempos de pandemia, el oro alcanza cotizaciones del súper ciclo”, 15 de junio del 2020. Disponible en <http://cooperaccion.org.pe/en-tiempos-de-pandemia-el-oro-alcanza-cotizaciones-del-super-ciclo/>



situación agravada con las restricciones a la libre asociación y movimiento de personas con las que se imponen los extractivismos. Bien anota el informe que quienes defienden la tierra y el territorio corren mayor riesgo de sufrir violencia selectiva y algunos siguen encarcelados injustamente, incrementando así el propio riesgo de infección.

Para colmo, según el mismo informe, las mineras usan la pandemia como oportunidad para lavar sus sucios pasados y presentarse como tabla de salvación para países enteros que se ahogan por falta de recursos financieros. No han faltado casos donde las empresas, tratando de romper la resistencia de las comunidades, han distribuido alimentos e incluso medicinas, pero obviamente sin compadecerse con los impactos reales de sus actividades. A su vez, la corrupción crece mientras que los gobiernos se disponen a debilitar las medidas de emergencia, a permitir su incumplimiento, o simplemente a eximir a la minería de cumplirlas. Y no faltan presiones para conseguir flexibilizaciones ambientales que beneficien a la minería: aquí se destaca, por ejemplo, la reducción de la por sí escasa supervisión y aplicación de las normas ambientales, que luego fácilmente se volverán en disposiciones permanentes. También cabe denunciar el uso del chantaje que representan las amenazas de demandas internacionales en el marco de acuerdos comerciales bilaterales y multilaterales.

Bien anota Guadalupe Rodríguez, portavoz de Salva la Selva¹⁵:

Las mineras han visto la pandemia como una oportunidad para, en lugar de respetar la necesidad de que la gente permanezca aislada y segura en sus hogares, posicionar la actividad industrial de la minería como una actividad esencial. El argumento es que la extracción de minerales es necesaria para fabricar respiradores e instrumentos médicos. Pero hay materias primas disponibles, sin necesidad de que continúe la explotación. Unas 500 comunidades se encuentran afectadas a nivel mundial.

Y mientras los extractivismos buscan consolidarse a las sombras del coronavirus, otros males se consolidan frontalmente. Si bien hay tendencias que podrían ser beneficiosas, como el reclamo al retorno del Estado (aunque sea como respuesta a las urgencias de la pandemia y de la crisis) en tareas sociales que en varios rincones han sido abandonadas a lógicas mercantiles, como la salud. Sin embargo, lo grave es

15. Ver el artículo publicado por La Voz de Alemania: "La pandemia atiza la extracción minera en América Latina", 9 de junio del 2020. Disponible en <https://www.dw.com/es/la-pandemia-atiza-la-extracci%C3%B3n-minera-en-am%C3%A9rica-latina/a-53753276>

que, simultáneamente, se consolida un Estado autoritario y con un mensaje claro: hay que disciplinar a la sociedad para controlar la pandemia. La cuarentena, más allá de su utilidad para frenar el contagio, implica una restricción de derechos para supuestamente garantizar la vida de la colectividad (aunque en varios rincones el confinamiento se ha vuelto selectivo: restricción para la interacción humana pero no para “abrir la economía”). Este retorno del Estado también implica la búsqueda de seguridad para mantener el statu quo, sobre todo cuando lo que se pretende es atravesar este complejo momento y retomar el ritmo de crecimiento económico: “no debemos matar la actividad económica por salvar vidas”, declaró sin rodeos el gerente general de la Cámara de Comercio de Santiago de Chile, Carlos Soubllette¹⁶.

Igualmente, asoma un Estado que, de nuevo, luego de un largo interregno neoliberal se vuelve central de reparaciones del sistema. Ese es el caso de Alemania y Estados Unidos, donde se destinan miles de millones de dólares o euros para sostener a las grandes empresas, para que a la postre todo siga igual. En palabras de Breno Bringel:

/...el Estado interventor es reivindicado ahora hasta por los neoliberales, pero con él también vienen los militares en las calles, los estados de emergencia y la instalación de una lógica bélica no sólo contra el virus, sino también contra algunos sectores de la sociedad¹⁷.

Como resultado, vivimos una situación amorfa y confusa. Todo indica que, para salir de esta crisis, cada vez más naciones del mundo apelan a que el Estado emerja con crecientes lógicas autoritarias. Los mensajes que emanan de las respuestas tecnológico-autoritarias asoman con fuerza invitando a consolidar mecanismos de creciente disciplina y control social¹⁸. En este sentido, la tentación del autoritarismo tecnológico chino es enorme. Sobre todo allí, sin excluir prácticas similares en todo el mundo, los avances tecnológicos han devenido, como explica Raúl Zibechi, en

16. Citado en Observatorio Latinoamericano de Conflictos Ambientales (OLCA); “Si hay que volver a algo, que sea a la Tierra”, 22 de abril del 2020. Disponible en <https://radio.uchile.cl/2020/04/22/si-hay-que-volver-a-algo-que-sea-a-la-tierra/>

17. Consultar en “Aprendizajes políticos y resistencias sociales en tiempos de coronavirus”, Diario El Universo, Guayaquil, 2 de abril del 2020. Disponible en <https://www.eluniverso.com/opinion/2020/04/02/nota/7802349/aprendizajes-politicos-resistencias-sociales-tiempos-coronavirus>

18. Esta tendencia ya viene de antes. Ver, por ejemplo, las reflexiones de Alberto Acosta: “La tecnología, ¿herramienta de dominación o mecanismo de liberación?”, 27 de febrero del 2018. Disponible en <https://rebellion.org/la-tecnologia-herramienta-de-dominacion-o-mecanismo-de-liberacion>



/... una herramienta capaz de controlar multitudes con la misma eficacia que el control individualizado. Las tecnologías que se han desarrollado en los últimos años, muy en particular la inteligencia artificial, van en esa dirección... se desarrollan prioritariamente aquellas que son más adecuadas para el control de grandes masas¹⁹.

“El gran hermano” de George Orwell, transformado en “el estado tecnototalitario perfecto”, de Franco Berardi Bifo²⁰, asoma como una realidad cada vez más cercana. A modo de ejemplo concreto, el sistema de vigilancia chino avanza imparable con la identificación facial –logro de ciencia-ficción– ya instrumentada a través de más de 400 millones o más cámaras de vigilancia con las que cuenta el país. Un sistema combinado con un esquema de crédito social dotado de premios y castigos para seguir uniformando a la sociedad en un sistema orientado por el creciente consumismo e individualismo tan necesario para sostener en marcha las ruedas de acumulación del capital y todo con la égida del Partido Comunista Chino²¹. Sin duda que vivimos el inicio de una dominación tecnológica, que como anota Zibechi: *“es parte de la brutal concentración de poder y riqueza en los estados, que son controlados por el 1 por ciento más rico”*.

Esta afirmación obviamente repercute en la economía global, pues las redes sociales y sus desarrollos tecnológicos son monopolizados por pocas grandes transnacionales, que combinan el control de la información con la especulación financiera, en un ejercicio de acumulación global inaudito. Tales dudas no implican un conservadurismo ante el progreso tecnológico, sino una crítica sobre su sentido. Un reto clave recae en ver cómo se controlan conocimientos y tecnologías. En realidad, muchas nuevas tecnología provocan renovadas formas de desigualdad y de explotación, así como de enajenación, dominación y hegemonía: la dominación tecnológica se vuelve “normal”, es aceptada voluntariamente y hasta deviene en deseable para los dominados (por ejemplo, personas desesperadas comprando teléfonos donde voluntariamente registran hasta su información facial).

19. Ver en Raúl Zibechi; “El siglo del control de las masas”, La Jornada, México, 16 de febrero del 2018. Disponible en <https://www.jornada.com.mx/2018/02/16/opinion/019a1pol>

20. Franco Berardi Bifo; “Crónica de la posdeflación”, Mundo Nuestro, 19 de marzo del 2020. Disponible en <http://mundonuestro.mx/index.php/ autores/item/2303-franco-berardi-bifo- cronica-de-la-psicodeflacion>

21. 22] Al respecto, ver la nota de BBC: “La polémica en China por la imposición del reconocimiento facial a todos los compradores de teléfonos”, 1 de diciembre del 2019. Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-50622301>

Un Estado fascista puede aparecer en nuestros países vinculado con la filantropía de los grupos acomodados que cederán algo de sus enormes riquezas para que las explosiones sociales no afecten a sus privilegios. Se perfila más neoliberalismo, más extractivismos, es decir más flexibilización laboral y ambiental para ser competitivos y recuperar el tiempo perdido: hay que crecer y salir del bache nos dicen; todo eso ahondará las desigualdades. Y resulta angustiante constatar que incluso el espacio exterior se está convirtiendo en un espacio mercantilizable para el capitalismo que busca generar ganancias de los lanzamientos de satélites, el turismo espacial, incluyendo la minería de asteroides: un empeño colonizador impulsado por corporaciones privadas en alianza con sus Estados, todo para que el capital amplíe las posibilidades de acumulación superando las limitaciones terrenales²².

Al finalizar la pandemia habrá más ricos: las farmacéuticas, las grandes empresas que suministran y comercializan los alimentos, las empresas mineras y otras tantas que están acumulando capital y concentrando riqueza en medio de esta grave crisis. También habrá más pobres: la Cepal, en un primer estudio, decía que en América Latina registrará un incremento de la pobreza en 35 millones de personas²³; situación que traerá en 2020 un aumento de la pobreza extrema de 16 millones de personas con respecto al año 2019, sumando 83,4 millones en total. El impacto sobre el hambre, nos dicen la Cepal y la Fao, será también dramático, tomando en cuenta que en 2016-2018 ya había 53,7 millones de personas en inseguridad alimentaria severa en América Latina²⁴. Y, sin duda, habrá menos democracia.

La pandemia deviene en pandemonio y desquicia a la lógica política. Las incertidumbres devienen en omnipresentes. Y mientras la democracia se deteriora de forma generalizada y el capitalismo global enfrenta una crisis brutal, emerge también la duda de cuáles podrían ser las variantes del proceso político en regiones extractivistas como Latinoamérica o África: ¿se puede esperar un deterioro tan grave que incluso termine llevando a la constitución de regímenes muy cercanos a las dictaduras de antaño?

22. Se recomienda la lectura del artículo de Victor L. Shammass y Tomas B. Holen, "One giant leap for capitalistkind: private enterprise in outer space", 29 de enero del 2019. Disponible en <https://www.nature.com/articles/s41599-019-0218-9>

23. CEPAL; "Dimensionar los efectos del COVID-19 para pensar en la reactivación", 17 de abril del 2020. Disponible en https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45445/4/S2000286_es.pdf

24. FAO y CEPAL: "Millones de personas pueden caer en la pobreza extrema y el hambre en 2020 en América Latina y el Caribe debido al impacto de la pandemia", 16 de junio del 2020. Disponible en <https://www.cepal.org/es/comunicados/fao-cepal-millones-personas-pueden-caer-la-pobreza-extrema-hambre-2020-america-latina>

Saldo: a más extractivismo, menos democracia

Por experiencia sabemos que la elevada dependencia de los países a la explotación masiva de recursos naturales no renovables debilita la democracia. Como muestra de ello, en muchas ocasiones estos países terminan constituyendo gobiernos caudillistas por factores como los siguientes:

- Débiles instituciones del Estado que hagan respetar las normas y fiscalicen las acciones gubernamentales.
- Ausencia de reglas y de transparencia que alientan la discrecionalidad en el manejo de los recursos públicos y los bienes comunes, más aún en las épocas de abundancia asociadas a los booms en los precios de los productos primarios.
- Conflicto distributivo por las rentas entre grupos de poder, lo que -a la larga, al consolidarse el rentismo y el patrimonialismo- disminuye la inversión y el crecimiento económico.
- Políticas cortoplacistas y poco planificadas de los gobiernos, cuyos ciclos políticos muchas veces terminan dependiendo de los ciclos de los precios de los productos primarios de exportación.
- La inestabilidad económica y la volatilidad exacerbada precisamente por la dependencia a los productos primarios.

Además, estos gobiernos pueden devenir en regímenes de un presidencialismo exacerbado, con un enfoque clientelar de atención de las demandas sociales, generándose así un caldo de cultivo para nuevas formas de conflictividad sociopolítica, más aún en tiempos de crisis y pandemias (donde las desigualdades se han exacerbado, generando aún más frustración social). Esto se debe a que no se aborda estructuralmente las causas de la pobreza y la marginalidad. Igualmente, los significativos impactos ambientales y sociales, propios de estas actividades extractivistas a gran escala, aumentan la ingobernabilidad, lo que a su vez exige nuevas respuestas represivas.

En tanto se carezca de una adecuada institucionalidad, son considerables los costos ambientales, sociales, políticos e incluso económicos (relacionados al uso de la fuerza pública) necesarios para controlar los enfrentamientos que provocan, por ejemplo, la minería a gran escala o la actividad petrolera. A esto se agrega la

inestabilidad social de otras actividades productivas motivadas a crecer alrededor de los territorios enfermos de extractivismos (como en las zonas de influencia minera, por ejemplo). Todo esto demanda de los gobiernos extractivistas, independientemente de su filiación ideológica discursiva (neoliberal, progresista o de cualquier otro matiz), respuestas -autoritarias- que frenen la disidencia, con medidas que van desde la criminalización hasta el apoyo directo a grupos encargados de la desaparición de luchadores sociales. Y eso sin mencionar el explícito papel que pueden llegar a tener estos agentes paramilitares incluso en el control de actividades extractivistas: nuevamente se puede tomar como ejemplo a la minería.

Los efectos de estos conflictos y violencias también afectan a los gobiernos seccionales, municipales, por ejemplo. Estos pueden ser atraídos por los cantos de sirena de las empresas extractivistas, que les ofrecerán algunos aportes financieros. No obstante, tarde o temprano, los costos de esta compleja y conflictiva relación entre las comunidades, las empresas y el Estado se vuelven inmanejables. Los planes de "desarrollo" locales estarán en riesgo, pues las actividades vinculadas a la minería o al petróleo tienen supremacía, muchas veces hasta sobre la justicia; no sorprende, entonces, que esto pueda terminar por aniquilar aquellos planes elaborados participativamente y con conocimiento de causa por las poblaciones locales.

Todas estas formas de violencia -y muchas otras- se exacerbaban cuando no se encuentra un nuevo producto de exportación que reemplace a aquellos cuyos precios y rentas extractivas entran en crisis. Es como si la sociedad terminara sufriendo un "síndrome de abstinencia extractivista" cuando decaen las rentas de la explotación masiva a la naturaleza sin encontrarse un reemplazo. En ese momento los fantasmas de la "ausencia de alternativas" llevan a fomentar extractivismos incluso en actividades que previamente no se veían como rentables: en crisis, cualquier quimera extractivista se vuelve seductora.

En Colombia el expresidente Juan Manuel Santos recurrió a una figura como "la locomotora minera" en tanto símbolo para arrastrar a su país, a través de la minería, al ansiado "desarrollo"; atropellando cualquier intento de crítica, se entiende. En Bolivia, su exvicepresidente Álvaro García Linera, con un discurso cargado de agresiones e insultos, sin argumentos, tildó a los críticos del extractivismo de "trozkistas verdes". Algo similar aconteció con el expresidente ecuatoriano Rafael Correa que calificó a los contrarios al extractivismo como "ecologistas o indigenistas infantiles". Correa aseveró incluso que "hemos perdido demasiado tiempo para el



desarrollo, no tenemos más ni un segundo que perder, (...) los que nos hacen perder tiempo también son esos demagogos, no a la minería, no al petróleo, nos pasamos discutiendo tonterías. Oigan en Estados Unidos, que vayan con esa tontería, en Japón, los meten al manicomio”²⁵.

Además, estos gobernantes, que asumen el papel de la Santa Inquisición para proteger la fe extractivista, apuntalados con los infaltables expertos de los cenáculos extractivistas, al arremeter contra los herejes ni siquiera pueden debatir con argumentos, sino que caricaturizan, amenazan y descalifican a los contrarios, impidiendo cualquier debate mucho más profundo.

En síntesis, los gobernantes -sean neoliberales o “progresistas”- se aferran como náufragos a una sola tabla de salvación: las ventajas comparativas como referente fundamental de las economías especializadas en extraer y exportar masivamente materias primas. De hecho, asumen esta visión ideológica, casi como una teología, sin importar la depredación humana y de la Naturaleza que provocan. Defienden una ideología consumista, con el mercado como único regulador de las relaciones socioeconómicas, y donde la explotación y la dominación son su razón de ser. Además, gobiernos “progresistas” o neoliberales, con diversos matices formales, son fervientes cultores de la religión del crecimiento económico (que tiene en la acumulación capitalista su base fundamental). Todos estos asuntos enrarecen el ambiente e impiden ganar una visión más lúcida de los caminos a seguir para llegar a una vida digna y armoniosa para todos los seres humanos y de ellos con la Naturaleza.

Nuevos horizontes emancipadores para superar tantas maldiciones

Si la economía primario-exportadora genera y perenniza el *subdesarrollo*, y golpea tanto a la democracia, la solución no puede ser de ninguna manera forzar los extractivismos. Habría que empezar un proceso de transiciones programadas que busque reducir de forma sistemática y planificada las actividades extractivistas; empezando por prohibirlas definitivamente en territorios de gran biodiversidad, en todas las fuentes de agua, es decir en espacios sensibles e indispensables para la vida de

25. Ver en la sabatina presidencia del 10 de diciembre del 2001, en la ciudad amazónica de Macas, 10.12.2011. Para una selección comentada de las frases proextractivistas del presidente ecuatoriano sobre la minería se puede revisar el artículo de Acosta (2012). Sobre la introducción de la megaminería en Ecuador se puede consultar en Acosta, Cajas-Guijarro, Hurtado Caicedo, Sacher (2020).

las comunidades. En paralelo habría que dar paso a procesos de remediación de los territorios afectados, mientras se construyen otras estructuras de producción sustentables. En palabras de Joseph Stiglitz: "la maldición de los recursos naturales no es una fatalidad del destino, sino una elección" (2006, p. 198). Esta debe ser, al menos, una elección a ser asumida democráticamente, estableciendo las bases para impulsar procesos de transición que nos liberen de las ataduras extractivistas, sin arriesgar la vida, en ninguna circunstancia. Pero, eso mismo, hablamos de transiciones, no decisiones abruptas que agraven la inestabilidad económica y social de los países.


Al igual que con el capitalismo, del extractivismo saldremos, pero arrastrando varias de sus taras. Existiendo intereses poderosos que quieren mantenernos en el sendero sin salida, el desafiante reto -más urgente que nunca en estos tiempos de crisis y pandemia- radica en promover el cambio hacia nuevas direcciones, con soluciones concretas que no pueden ser "ni calco, ni copia" de experiencias del pasado o de otras latitudes. Sin ser tema de este artículo, por cuestiones de espacio, cabe alentar la discusión para la *construcción democrática* de respuestas que transformen la existencia de importantes riquezas naturales, como la biodiversidad o el agua cristalina y el aire limpio, en una palanca para el bienestar, superando la "maldición de la abundancia" que reproduce una y otra vez el *subdesarrollo*.

En este punto nos parece importante superar la visión de recursos como objetos de explotación y apropiación para recuperar sus orígenes. Cuando buscamos respuestas a la ruptura de relaciones con la Naturaleza, nos tropezamos con un patrón tecnocientífico que, en lugar de enfocarse en comprender el funcionamiento de la Naturaleza, su metabolismo y sus procesos vitales, irrumpe en ella para explotarla, dominarla y transformarla. Ese parece ser el mandato de la Modernidad. Como recordó Vandana Shiva, en los años noventa del siglo pasado,

/...con el advenimiento del industrialismo y del colonialismo (...) se produjo un quiebre conceptual. Los "recursos naturales" se transformaron en aquellas partes de la Naturaleza, que eran requeridas como insumos para la producción industrial y el comercio colonial. (...) La Naturaleza, cuya naturaleza es surgir nuevamente, rebrotar, fue transformada por esta concepción del mundo originalmente occidental en materia muerta y manejable. Su capacidad para renovarse y crecer ha sido negada. Se ha convertido en dependiente de los seres humanos²⁶.

26. Aquí cabe rescatar las valiosas reflexiones de Vandana Shiva al respecto en el Diccionario del





Siguiendo las reflexiones de Vandana Shiva nos toca recuperar el significado original de recursos como vida. Su planteamiento parte del

/...verbo latino, 'surgere', que evocaba la imagen de una fuente que continuamente surgía del suelo. Como una fuente, un 're-curso' surge una y otra vez, aún cuando ha sido repetidamente usado y consumido. El concepto destacaba de esta manera el poder de autoregeneración de la naturaleza y llamaba la atención a su prodigiosa creatividad. Además, implicaba una antigua idea sobre la relación entre los seres humanos y la naturaleza - que la tierra otorgaba dones a los humanos quienes, a su vez, debían estar bien avisados de mostrar diligencia para no sofocar su generosidad. En los tempranos tiempos modernos, 'recurso', en consecuencia, sugería reciprocidad a la vez que regeneración.

En ese ejercicio de recuperación de los valores intrínsecos y de los mandatos de la Madre Tierra, viéndole como patrimonio y no como una mercancía, se debe incorporar también a la planificación económica con otros valores y sentidos. Así, para abandonar los extractivismos se requiere de propuestas de corto, mediano y largo plazo, considerando las necesidades concretas de todas las poblaciones involucradas y sin romper las relaciones de armonía con la Naturaleza. El pueblo es quien vive la economía y quien debe armonizar su vida con la Naturaleza, por tanto, merece participar activamente en su planificación.

Sugerimos esta necesidad de una planificación, sobre todo para el largo plazo, pues las maldiciones y las pandemias propias de los extractivismos no se superarán de la noche a la mañana. Se requieren estrategias de transición, a desplegarse incluso mientras se siguen extrayendo -con tasas cada vez menores- los recursos naturales de alguna manera portadores de la "maldición". En este tránsito todavía se mantendrán latentes los riesgos de depender de dichas actividades, sosteniendo la característica colonial de exportador de materias primas. El éxito de la salida dependerá de la coherencia de la estrategia alternativa que enfrente al extractivismo y a otras maldiciones -como lo es el crecimiento económico permanente- que nos impiden salir del laberinto capitalista (Acosta y Brand, 2017). Dicho logro estribará en el respaldo y participación social que logren generar tales estrategias, sobre todo inspira-

desarrollo – Una guía del conocimiento como poder, editado por Wolfgang Sachs en los años noventa del siglo pasado (Ver edición en el Perú, 1996). Disponible en <https://www.uv.mx/mie/files/2012/10/SESSION-6-Sachs-Diccionario-Del-Desarrollo.pdf>

das en propuestas que apunten a un cambio civilizatorio que nos conmina a buscar alternativas al desarrollo, como las que proponen, por ejemplo, aquellas visiones y prácticas provenientes del *Buen Vivir* propio de las culturas de los diversos pueblos originarios (Acosta, 2017).

Esto demanda una gran transformación integral pensada y ejecutada desde la vigencia de los Derechos Humanos y de la Naturaleza. Todo inspirado en el sentido de construir democráticamente alternativas civilizatorias post-capitalistas que enfrenten y superen estos tiempos de crisis exacerbada por el coronavirus. A la final, la mayor amenaza a la democracia siempre termina siendo el dominio de una civilización basada en la desigualdad y la explotación de humanos y no humanos, como lo es la civilización capitalista.

Tareas pendientes

Si bien el capitalismo plantea límites a la democracia, los cuales se vuelven más drásticos en sociedades periférico-dependientes y atadas al extractivismo, aún existen varias dudas por resolver. Todo lo que sugerimos en este trabajo no implica asumir conclusiones indiscutibles, sino puntos de discusión que pueden abrir camino a varias líneas de investigación y cuestiones futuras, que tengan como prisma de referencia los extractivismos y la misma democracia: *colonialidad, patologías de la abundancia, acumulación primario exportadora, rentismo, clientelismo, autoritarismo, corrupción, voracidad, postdesarrollo y postextractivismo*, sin minimizar el decrecimiento inclusive en países empobrecidos.

Por ejemplo, aunque hay evidencias en cantidades apreciables sobre la inestabilidad de la democracia en los países altamente dependientes del extractivismo, queda pendiente hacer un estudio comparativo de la evolución de la democracia entre sociedades extractivistas y no extractivistas. Más aún, la crisis global asociada al coronavirus puede llevar a la imposición de una nueva etapa del capitalismo mundial en donde la democracia se vea golpeada incluso en los países centrales: aquí se puede citar a la amenaza a un mayor control social a través del manejo de grandes cantidades de información y recursos tecnológicos por parte de los estados en coalición con grandes grupos de poder económico. En medio de ese escenario de un potencial deterioro generalizado de la democracia (a más de una crisis económica brutal), emerge la duda de cuáles podrían ser las variantes que tome el proceso en regiones



extractivistas como Latinoamérica o África: ¿se puede esperar un deterioro tan grave que incluso termine llevando a la constitución de regímenes muy cercanos a las dictaduras de antaño?

Otra potencial línea de investigación futura puede enfocarse en identificar las diferencias y similitudes del “consenso de los commodities” (que abrió una nueva etapa en la explotación de los recursos naturales) con épocas anteriores de “booms extractivistas” particularmente en los diversos países latinoamericanos. Dentro de esta comparación se podría destacar cuál ha sido el rol jugado por China como un nuevo centro capitalista global cuya expansión ha exacerbado los extractivismos en países como Brasil, por ejemplo (tomando en cuenta que las relaciones comerciales entre ambas naciones se fortalecieron en tiempos del “consenso de los commodities”). En este mismo punto, cabría investigar hasta qué punto la división del trabajo y la inserción de la periferia al resto del mundo se encuentra en disputa entre la satisfacción de las necesidades de acumulación norteamericanas, chinas y de otras potencias imperialistas, y cómo esa disputa crea tensiones en los procesos democráticos de América Latina (un ejemplo extremo es la situación de la democracia en Venezuela, entrampada en la mitad de las disputas imperialistas internacionales).

Profundizar en la explicación de porqué el hiperextractivismo conduce al hiperpresidencialismo es otra línea de investigación urgente, incluso para plantear alternativas postextractivistas. Planteando la cuestión en términos un más amplios, ¿hasta qué punto la administración de las rentas extractivas en sociedades periféricas de débiles institucionalidades estatales obliga a que emerjan figuras políticas autoritarias?

Por su parte, desde una perspectiva económica, urge contabilizar los costos de los impactos sociales, ambientales y productivos de la extracción del petróleo o de los minerales, así como los subsidios ocultos en estas actividades que benefician a los capitales transnacionales. A su vez, cabe preguntarse por qué los gobiernos muchas veces no tienen interés alguno en llevar a cabo, con rigurosidad, las estimaciones de estos impactos. Aquí puede tomar sentido incluir en el análisis incluso el efecto de “puertas giratorias”, en donde varios funcionarios públicos muchas veces han sido previamente empleados de empresas extractivistas privadas que buscan, de cualquier forma, evitar tener que cargar con este tipo de costos.

Asimismo, queda como tarea pendiente reflexionar si los extractivismos generan –o no– una suerte de “maldición insuperable” que llega a crear problemas hasta culturales como la formación de “mentalidades rentistas” en la población.

Un rentismo que termina distorsionando incluso el ejercicio de gobiernos que se sienten con mayor capacidad de “comprar” votos y voluntades sobre todo en etapas en las cuales las rentas extractivas se encuentran en “auge”: una suerte de “enfermedad holandesa” pero que genera distorsiones sobre la democracia.

Además, si la especialización en la exportación de bienes primarios –en el largo plazo– ha resultado negativa, por el deterioro tendencial de los términos de intercambio entre otros temas abordados anteriormente (pero que aún necesitan un mayor análisis cuantitativo y cualitativo), queda pendiente averiguar cuáles políticas serían necesarias para enfrentar esta situación. De lo anterior se podría plantear como hipótesis que si en el Norte global se da cada vez más paso a propuestas *decrecentistas* parecería indispensable que en el Sur global se abran las puertas a transiciones *postextractivistas* e inclusive *postdesarrollistas*. Un proceso cuya comprensión e instrumentalización puede volverse urgente en un contexto de mutación de la globalización a causa del coronavirus, la crisis económica mundial y un posible deterioro generalizado de la democracia.

Bibliografía

- Acosta, Alberto (1994). *La deuda eterna – Una historia de la deuda externa ecuatoriana*. Colección Ensayo, Libresa, Quito.
 - Acosta, Alberto (2009). *La maldición de la abundancia*. CEP, Swissaid y Abya-Yala. Quito.
 - Acosta, Alberto (2009). "Maldiciones que amenazan la democracia". Nueva Sociedad, N° 229 / Septiembre - Octubre 2010. Disponible en <https://www.nuso.org/articulo/maldiciones-que-amenazan-la-democracia/>
- Acosta, Alberto (2012). "Delirios a gran escala - Correa en los laberintos de la megaminería". *Rebellion.org*, enero 11 de 2012. Disponible en: < <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=142708> >
- Acosta, Alberto (2016). "Las dependencias del extractivismo - Aporte para un debate incompleto", *Revista Aktuel Marx N° 20, Nuestra América y la Naturaleza*, Santiago de Chile.
 - Acosta, Alberto; *El Buen Vivir Sumak Kawsay, una oportunidad para imaginar otros mundos*, ICARIA, Barcelona (2017).
 - Acosta, Alberto; "Extractivism, the curse of plenty", en el libro de varios autores y autoras editado por Ernesto Vivares (2020). *The Routledge Handbook to Global Political Economy*, Routledge, Nueva York.
 - Acosta, Alberto y Cajas-Guijarro, John (2017). "Cruda realidad - Corrupción, extractivismos, autoritarismo", <http://www.rebellion.org/docs/230588.pdf>
 - Acosta, Alberto y Cajas-Guijarro, John (2018). *Una década desperdiciada. Las sombras del correísmo*. CAAP, Quito.
 - Acosta, Alberto y Brand, Ulrich (2017). *Salidas del laberinto capitalista – Decrecimiento Postextractivismo*, ICARIA, Barcelona.
 - Acosta, Alberto; Cajas-Guijarro, John; Hurtado Caicedo, Francisco; Sacher, William (2020). *El festín minero del siglo XXI ¿Del ocaso petrolero a una pandemia megaminera?*. Abya-Yala, Quito. (En prensa)
 - Bhagwati, Jagdish (1958). "Immiserizing growth: A geometrical note", *Review of Economic Studies*, 25(3).

- Brand, Ulrich y Wissen, Markus (2017). *Imperiale Lebensweise - Zur Ausbeutung von Mensch und Natur in Zeiten des globalen Kapitalismus*, Oekom Verlag, München.
- Cajas-Guijarro, John y Pérez-Oviedo, Wilson (2019). "Center-Periphery Structures and Dependency: A Theoretical and Methodological Proposal". Disponible en SSRN: <http://ssrn.com/abstract=3488904>, <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.3488904>
- Coronil, Fernando (2002). *El Estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico de la Universidad Central de Venezuela-Nueva Sociedad, Caracas.
- Deneault, A., Sacher, W. y Abadie, D., (2008), Noir Canada. Saqueo, Corrupción y Criminalidad en África, Montreal: Ecosociété.
- Durand, Francisco (2006). *La mano invisible en el Estado. Efectos del neoliberalismo en el empresariado y la política*, Desco/FES, Lima.
- Earthworks (USA), Institute for Policy Studies - Global Economy Program (USA), London Mining Network (UK), MiningWatch Canada, Terra Justa, War on Want (UK) and Yes to Life No to Mining (2020). "Voces desde el territorio - Cómo la industria minera mundial se está beneficiando con la pandemia de COVID-19"
- Gabin, Michel y Ricardo Hausmann, *Nature, development and distributions in Latin America – Evidence on the role of geography, climate and natural resources*, 1998
- Gudynas, Eduardo (2009). "La ecología política del giro biocéntrico en la nueva Constitución del Ecuador", *Revista de Estudios Sociales*, No. 32, Bogotá, 2009.
- Gudynas, Eduardo (2013). "Extracciones, extractivismos y extrahecciones - Un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales", en Observatorio del desarrollo, N° 18, febrero 2013. Ver: <http://www.extractivismo.com/documentos/GudynasApropiacionExtractivismoExtraheccionesOdeD2013.pdf>
- Gudynas, Eduardo (2015). *Extractivismos – Ecología, economía y política de un modo de entender el desarrollo y la Naturaleza*, Claes y CEDIB, Cochabamba.
- Gudynas, Eduardo(2017). *Naturaleza, extractivismos y corrupción. Anatomía de una íntima relación*, La Libre, Cochabamba.
- Harvey, David (2004). "The 'new' imperialism: accumulation by dispossession". *Socialist Register*. Vol.40: 63-87. Ver <http://socialistregister.com/index.php/srv/article/view/5811/2707#.VigHeyswCfU>



- Hausmann, Ricardo y Roberto Rigobon (2002). *An alternative interpretation of the "resource curse". Theory and policy implications*, National Bureau of Economic Research, Cambridge.
- Kondratieff, Nikolai (1935). "The long waves in economic life". *The Review of Economic Statistics*, Vol. XVII, No. 6.
- Pinto, Aníbal (1970). "Naturaleza e implicaciones de la "heterogeneidad estructural" de la América Latina". *El Trimestre Económico*. Vol.37. No.145.
- Ross, Michel L. (1999). "The political economy of the resource curse", *World Politics*, vol. 51, no.2, 1/1999.
- Ross, Michel L. (2001). "Does oil hinder democracy?", *World Politics*, vol.53, no.3, 4/2001.
- Ross, Michel L. (2003). "How Does Mineral Wealth Affect the Poor?", Departamento de Ciencias Políticas, Universidad de California en Los Ángeles. Ver: www.sscnet.ucla.edu/polisci/faculty/ross/minpoor.pdf
- Quijano, Aníbal (2001). "Colonialidad del Poder, Globalización y Democracia", en *Tendencias básicas de nuestra era*. Instituto de Estudios Internacionales Pedro Gual. Caracas.
- Sachs, Jeffrey (2000). "Tropical Underdevelopment", *CID Working Papers* No.57, Center for International Development at Harvard University.
- Schuldt, Jürgen (1994). *La enfermedad holandesa y otros virus de la economía peruana*, Universidad del Pacífico, Lima.
- Schuldt, Jürgen (2005). *¿Somos pobres porque somos ricos? Recursos naturales, tecnología y globalización*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.
- Schuldt, Jürgen y Alberto Acosta (2006). "Petróleo, rentismo y subdesarrollo: ¿Una maldición sin solución?", revista *Nueva Sociedad*, No. 204, Buenos Aires, julio/agosto 2006.
- Shiva, Vandana (1992) "Recursos" en Sachs, Wolfgang - editor; *Diccionario del desarrollo – Una guía del conocimiento como poder*, (Ver edición en el Perú, 1996). <https://www.uv.mx/mie/files/2012/10/SESSION-6-Sachs-Diccionario-Del-Desarrollo.pdf>
- Stiglitz, Joseph (2006). *Cómo hacer que funcione la globalización*. Taurus. Madrid.
- Watts, Michael J. (1999). "Petro-Violence. Some Thoughts on Community, Extraction, and Political Ecology", *Working Papers*, Institute of International Studies, University of California, Berkeley. Disponible en <https://escholarship.org/uc/item/7zh116zd>

2

**MALDICIONES Y PANDEMIAS
DE LOS EXTRACTIVISMOS
BAJO LA LUPA DE
LA DEMOCRACIA**

**ALBERTO ACOSTA Y
JOHN CAJAS-GUIJARRO**

UN PROYECTO DE:



CON APOYO DE:



IDRC | CRDI

International Development Research Centre
Centre de recherches pour le développement international